Cuadernos

EX-LIBRIS

6

Algo que ya es historia nos madruga

Por: *Ángel Marcel*

AGENDA CULTURAL GIMNASIO MODERNO

BIBLIOTECA
Y CENTRO DE DOCUMENTACIÓN

Cuadernos

EX-LIBRIS

GIMNASIO MODERNO

Víctor Alberto Gómez Cusnir
Rector del Gimnasio Moderno

Federico Díaz-Granados
Director de la Agenda Cultural del Gimnasio Moderno

Camilo De-Irisarri
Director Centro Cultural y Oficina de Comunicaciones

© Pompilio Iriarte Cadena
© **2012, AGENDA CULTURAL GIMNASIO MODERNO**

Carrera 9 No. 74 - 99, Bogotá
Tel. (57 1) 540 1888
www.GimnasioModerno.edu.co
Biblioteca@GimnasioModerno.edu.co

ISBN: 978-958-99743-5-3

Primera Edición: Agosto 2012
Oficina de Comunicaciones del Gimnasio Moderno
Concepto de diseño y diagramación:
Natalia Ibáñez L.

Impreso en Colombia

Cuadernos

EX-LIBRIS

MACONDO Y COMALA, DOS FORMAS DEL INFIERNO EN LA NARRATIVA LATINOAMERICANA

"(...) descendit ad inferos; tertia die resurrexit a mortuis (...)".

Ordinarium divini oficii.

"(...) descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los muertos (...)".

Ordinario del oficio divino.

Las palabras que sirven de epígrafe a esta sencilla disertación, que no quiere ni puede ser erudita ni quiere ni puede asumir el talante de un enjundioso estudio crítico, puesto que soy apenas un hacedor de poemas que ejerce de maestro de escuela en mi país, han sido tomadas de la parte estival del oficio divino -según el antiguo rito tridentino- y me vienen como anillo al dedo para entrar con ustedes a ese hermoso y vasto mundo del infierno, al que han bajado también Ulises y Eneas, Teseo, Hércules y Orfeo, Jesucristo y Dante, la estirpe de los Buendía y Juan Preciado.

No deja de sorprenderme que en la puerta de entrada de ese lugar en que confluyen todas las carencias humanas, entre ellas, nuestra esencial incapacidad para comunicarnos, encontremos inscrito el verbo latino ***fero***, diablo de palabra, trasgo o duende que se transfigura bajo la apariencia de otros nombres, y que significa ***llevar*** y ***traer***, ***presentar*** y ***obtener***, ***sufrir*** y ***relatar***; término fantasma y por ello mismo poético, que funda una dinastía de signos que dicen lo inefable como, por ejemplo, feraz, fortuna y azar; ablación, lucifer y preferencia; conferir, circunferencia; elación y preferir; superlativo, diferencia; ofrecer y transferir; de donde inferimos que por ese rumbo no podremos salir nunca del infierno -del inferus-, el mundo de abajo, inferior y subterráneo.

LOS INFIERNOS POÉTICOS, METÁFORAS DEL MAL

Cuando ejerce el oficio divino de la poesía, al poeta no le cabe la denominación de ser extraordinario, sino simplemente la de hombre en estado de alerta, en estado de emergencia permanente, que contempla el mundo para reflejarlo y reflejarse en él.

Aldo Pellegrini en el bello libro que titula *Para contribuir a la confusión general* [1], nos advierte que en el acto de percibir la realidad para otorgarle sentido poético, el poeta se proyecta fuera de sí mismo, se despersonaliza, deja a un lado su ego para acudir al llamado de las cosas, de modo que pueda poseerlas y ser poseído por ellas. La de la poesía es, pues, una percepción activa, mucho más real y más completa que la que se logra con el anteojo del saber científico, pues lo que es objeto de aprehensión poética no está a flor de mundo sino en el fondo profundo de la tierra. El poeta sabe que allende la superficie subyace otra realidad más perdurable y más rica que, al trascender el tiempo y el espacio, se universaliza, de manera que puede hacerse vigente para los hombres de las diferentes épocas y lugares.

Ese abandono del yo, ese ceder el ego en favor del mundo, no es otra cosa que un acto de amor en la opinión del ya citado Pellegrini y de muchas otras personas. Por eso, ama el que vive en el fondo de las cosas, y el amante entrega su ser, es decir muere, para conocer al ser amado y ser conocido por él.

Ello explica -y quizá no exista otra razón más sólida- que el saber poético sea válido y permanente desde Homero hasta nuestros días, y que no opere en él el criterio de "progreso" que gobierna las ciencias; lo que no implica inmovilismo por parte del poeta, sino simplemente que él se ocupa de lo que no pierde vigencia en el seno de las transformaciones del mundo, del hombre y de la vida.

De otro lado, el saber poético emprende el camino de la sensibilidad intuitiva, que no del discurso racional. En este orden de ideas, "Novalis afirmaba que la poesía es la infancia de las ciencias, y en efecto, el

1. PELLEGRINI, Aldo. "La universalidad de lo poético". En: *Para contribuir a la confusión general*. Nueva visión, 1965. p. 36.

conocer poético está vinculado con el conocer mágico del niño, y participa de esa misma materia adivinatoria que establece sus primeros contactos con la realidad, y sin la cual no sería posible ningún conocimiento racional posterior" *2.*

No olvidemos que en este sentido, *poeta* y *profeta* son la misma persona, y que el vate es el que *vaticina*, no porque sea dueño de poderes sobrenaturales, sino porque, a diferencia del hombre vulgar, tiene el privilegio de conocer mejor la realidad y, por tanto, puede predecirla.

Nada de extraño tiene, pues, que vates y poetas y brujos y profetas vean mejor en la noche como los gatos, y que el sueño les revele de modo misterioso los secretos resortes de la realidad, sin los cuales no sería posible la identidad del soñador con lo soñado. Cierto. En la oscuridad, abandonadas por la luz que ciega, las cosas son ellas mismas, y el poeta, el iluminado, no hace otra cosa que alumbrar y traducir a su lenguaje personal los universos que ha vislumbrado, no importa que se llamen infierno o paraíso. De este modo, la poesía que es reflejo del mundo en el hombre y de éste en aquél, se confunde con la vida misma. Y una de las cosas que el universo ofrece para contemplar es la realidad del hombre de siempre y de todas partes; de donde inferimos -puesto que al infierno vamos- que ningún conocimiento poético puede desconocer el ser del hombre. ¿Y qué cosa más humana para aprehender que la realidad esencial de sus carencias?

Si dos se quieren bien, que no se nieguen
el hambre ni la sed ni la carencia;
que no pierdan el nombre en la confluencia
los que hacia el mar, fluviales, se congreguen.

Si dos se quieren bien, que no se entreguen
ni el beso mutuo calme la apetencia;
si hacen viaje común, a diferencia
de los que mal llegaron, nunca lleguen.

2. NOVALIS, citado por Aldo Pellegrini. Ibid., págs. 37 y 38.

Sólo se busca el agua cuando es alta
y ancha y honda la sed, y la reclama
el que, viajero, esperas y no viene.

Y el hambre es más completa si nos falta
la plenitud del mundo en plena rama;
sólo se ama el amor que no se tiene [3].

Si la vida fuera plena y se nos apareciera el mundo como llenura, nada habría que decir. Ello explica, por ejemplo, que las mal llamadas sociedades primitivas, mejor unidas que las nuestras a Natura y por eso mismo menos depredadoras que nosotros, no tuvieran que celebrar el día internacional de la ecología. Me imagino que en Nigeria -país de negros- no tendría ningún sentido hablar de negritudes ni exaltar los valores de la raza, al menos que por alguna razón se sintieran discriminados. ¿Qué inferencia podemos sacar entonces de la celebración del día internacional de la mujer, del día de la paz, del día del niño, del día del idioma en mi país, del día del amor y la amistad, sino que percibimos como carencias esas realidades y valores que tanto celebramos?

Me atrevo a pensar que la expresión poética de esas faltas y vacíos en boca de videntes y poetas y brujos y vates y profetas, corresponde a lo que las culturas invocan con el nombre genérico de mal, y que asume, según la lente con que se mire, la apariencia fantasmal de otras palabras: pecado ab origen para la religión judeocristiana; crimen y delito para la sociedad civil, regida por las leyes y el derecho; enfermedad, desamor, injusticia y soledad en la república universal de todo ser humano; maleficio en la visión del brujo. Y el lugar de encuentro, la confluencia de todos esos males, no puede ser otro que el infierno, denominado también, según el *Diccionario de sinónimos y antónimos,* de Sainz de Robles [4], como el *abismo* o el *averno*; el *orco* o el *tártaro*; *antenora* o *báratro*; *gehena, fuego eterno, tinieblas exteriores, calderas de Pedro Botero, perdición, condenación eterna*.

3. Ángel Marcel. Transgresión y anacronismo. Bogotá: Gimnasio Moderno, 1990. p. 83.
4. SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos. *Ensayo de un diccionario español de sinónimos y antónimos*. Madrid: Aguilar, 1973. p. 624 y 625.

ULISES BAJA AL REINO DE HADES

Oigamos cómo relata Ulises su viaje al Hades:

> (...) Después de haber rogado con votos y súplicas a las generaciones de los muertos, tomé las reses, las degollé encima del hoyo, corrió la negra sangre, y al instante se congregaron, saliendo del Erebo, las almas de los difuntos: mujeres jóvenes, mancebos, ancianos que en otro tiempo padecieron males innumerables, tiernas doncellas con el ánimo angustiado por reciente pesar, y muchos varones que habían muerto en la guerra, heridos por broncíneas lanzas y que mostraban aún ensangretadas armaduras. Agitábanse todas con grandísimo clamoreo alrededor del hoyo, unas por un lado y otras por otro; y, al verlas señoreóse de mí el pálido terror. Enseguida exhorté a los compañeros y les di orden de que desollaran las reses, tomándolas del suelo donde yacían degolladas por el cruel bronce, y las quemaran inmediatamente, haciendo votos al poderoso Hades y a la venerable Perséfone; y yo, desenvainando la aguda espada que llevaba junto al muslo, me senté y no permití que las vanas cabezas de los muertos se acercaran a la sangre antes de haber interrogado a Tiresias. (...) [5]

Notables helenistas y críticos literarios, entre los cuales no me cuento, han hablado con sapiencia y donosura del sentido que puede tener el descenso de Ulises a los infiernos, y el haber escuchado de los muertos la misma historia humana que hoy podemos oír de labios de quienes a duras penas sobreviven.

Por su difunta madre, Ulises se enteró de la condición de los mortales cuando fenecen, "(...) para que luego -según dijo-, una vez en tu palacio, puedas referirlas a tu consorte"[6]. Por boca de Tiro, hija del insigne Salmoneo y esposa de Creteo Eólida, supo que Poseidón se acostó con ella y la poseyó, haciéndose pasar por Enipeo. Y Agamenón Atrida le contó cómo, con la complicidad de su traidora esposa, Egisto lo invitó a su casa, le dio de comer y le quitó la vida como se mata -según dijo- al buey junto al pesebre. La historia de siempre y de cualquier parte. No se

5. HOMERO. *La Odisea*. Obras maestras. Barcelona: Iberia, 1952. p. 138.
6. Ibid., p. 138.

extrañen pues, señoras y señores, si un día de estos o a la salida misma de esta conferencia, se encuentran con Ulises, como yo me topé con él en algún aeropuerto, mientras hacía viaje de regreso a mi país.

Vuelve Ulises de Pérgamo. Las penas
le dan nombre y el odio lo apellida.
¿Qué fue de Ilión, del sitio y la caída
y del llanto de amor de las sirenas?

Ha llegado de Ogigia a las ajenas
patrias que a nadie dan la bienvenida;
él espera en el muelle la salida
para Corintos, Itaca o Atenas.

Si de Ilión se va a Thiaki por Esparta,
¿cómo ha llegado entonces hasta Isparta?
Y el oficial que visa su pasaje

admite que si aún vagabundea
por infiernos de fábula, su viaje
no pudo terminar en La Odisea [7].

ENEAS, GUIADO POR SIBILA, BAJA A LOS INFIERNOS EN BUSCA DEL ALMA DE SU PADRE

(...) Entonces, la profetisa comenzó a hablar así: "Caudillo esclarecido de los Teucros, (...) Encerrados aquí, aquí atienden su castigo aquellos a quienes, mientras tuvieron vida, fueron aborrecibles sus hermanos; los que a su padre hirieron o produjeron fraude a su cliente; o los que se tendieron sobre las riquezas halladas sin dar parte de ellas a los suyos -éstos son la más grande muchedumbre- y los que por adulterio fueron muertos; los que siguieron armas impías y no temieron quebrar la fe a sus señores. No pidas que te sea enseñada cuál es la pena ni la guisa y la suerte que les hundió. Unos hacen rodar un gran peñón; otros cuelgan fijos en los radios de unas ruedas; sentado está, y eternamente lo estará, el infeliz Teseo; y Flegias, el más mísero de

7. Ángel Marcel. Obra poética. Bogotá: Fondo de Publicaciones del Gimnasio Moderno. Colección Tréboles, 1997. Pág. 100

> todos, amonesta a los demás y, con gran voz, por las sombras va exhortando: "Aprended justicia los avisados y a no despreciar a los dioses! Este vendió su patria por dinero y le impuso un tirano poderoso, hizo y deshizo leyes según tasa; este otro invadió el tálamo de su hija y contrajo vedados himeneos; todos osaron concebir grandes maldades y cogieron el fruto de su osadía. No, ni que yo tuviera lenguas ciento, y bocas ciento y férrea voz, no podría expresar todas las formas de la maldad ni puntualizar todos los nombres de las penas".[8]

Como *La Odisea, La Eneida*, de Virgilio, el mismo que acompaña a Dante en su viaje a los infiernos, nos cuenta la historia humana de siempre y de cualquier parte: fraudes, imposturas, odios, imitaciones, parricidios, avaricias, incestos y adulterios; agresiones, traiciones y tiranías. Sólo que, a diferencia del de Homero, el infierno del poeta latino tiene un sentido más claro de castigo, como quiera que el reino de Hades pareciera ser tan sólo el lugar de los muertos.

No deja de llamar la atención el que Eneas hable con la sombra de los difuntos, entre ellos Palinuro, Dido y Anquises, su padre, quien le muestra las almas de los que no han nacido todavía y habrán de tejer después la historia de Roma: Silvio, hijo de Eneas y de Lavinia; Rómulo, Bruto y varios otros, hasta llegar a César, Pompeyo y Augusto, para ilustrar quizás la esencia adivinatoria de la poesía que he señalado antes; ni deja de sorprender que Eneas baje a los infiernos en busca de Anquises, su progenitor, como mucho tiempo después lo hará Juan Preciado, el héroe del mexicano Juan Rulfo, cuando vaya a Comala en busca de Pedro Páramo, su padre.

DANTE BAJA A LOS INFIERNOS

A juicio de Borges, en su estudio preliminar de la *Comedia,* "no hay cosa en la tierra que no esté ahí"[9]. El poema de Dante, retablo del universo, tríptico -como *El jardín de las delicias,* de Hieronimus Bosch-, funda con rasgos precisos, con probidad y con mesura y sin el lastre de la

8. VIRGILIO. "La Eneida". En: Obras completas de Virgilio y Horacio. Madrid: Aguilar, 1945. p. 305.
9. BORGES, Jorge Luis. "Estudio preliminar". En: *La divina comedia*. Clásicos universales. San Sebastián: Txertoa, 1980. p. v.

hipérbole, los tres orbes de la muerte: el del pecado, en el infierno; el de la contrición, en el purgatorio y el de la beatitud, en el paraíso.

Bajo la égida de Virgilio, y guiado por él en su viaje por los dos primeros reinos, ingresa el florentino de patria mas no de costumbres, a aquel mundo de rigurosa topografía, que no es otra cosa que el estado de las almas después de la muerte, bien sea que merezcan el castigo por carecer de la Gracia; la misericordia, por haber muerto arrepentidas o la gloria eterna por estar llenas del Espíritu.

Tan severo como la misma topografía, es el rango de faltas y valores que establece Dante en su epopeya, bien que oficie como juez y verdugo, o bien como el teólogo que condena a los pecadores, aunque como hombre -y más, como enamorado de Beatrice- los comprenda. De la mano de Dante bajemos, pues, al infierno.

Cabe el monte de Sión, se abre hasta el centro de la tierra un cono invertido, que se divide en nueve círculos concéntricos que semejan las gradas de un estadio, y tasan la gravedad de las faltas según se acerquen o se alejen del vértice que ocupa el trono de Lucifer.

Allí están, en el primer círculo -en el limbo-, los no bautizados, que existen con un deseo sin esperanza. En el segundo, los lujuriosos giran en un torbellino sombrío; soportan los golosos una lluvia de granizo, en el tercero; en el cuarto, avarientos y despilfarradores empujan pesadas rocas; en el quinto, flotan, desgarrándose, en la laguna Estigia los iracundos, y permanecen bajo sus aguas los indolentes; en el sexto, los ateos y los herejes padecen dentro de sepulcros que arden; sufren, en el séptimo, los violentos: si han agredido al prójimo, fluctúan sobre un río de sangre hirviente; si han ejercido violencia contra sí mismos, se convierten en árboles secos; si crueles con Dios, toleran, inmóviles, una lluvia de fuego, y si han atentado contra natura, reciben, huyendo, un aguacero de llamas. En el octavo círculo, los fraudulentos pagan su castigo: los seductores corren fustigados por demonios; los aduladores se hunden en un estercolero; se quedan los simoníacos enterrados con la cabeza abajo; los magos y adivinos muestran el rostro volteado hacia la espalda; los cohechores caen en un lago de pez hirviente; andan con pesadas capas de plomo los hipócritas; los ladrones intercambian su

forma con serpientes; arden dentro de llamas los malos consejeros; los cismáticos sufren heridas y mutilaciones, y padecen los falsificadores toda suerte de enfermedades. Por fin, en el noveno círculo -el que señala el colmo de las culpas-, los traidores a parientes, copartidarios, amigos y bienhechores, perduran sumidos en el hielo.

Aunque nuestro itinerario hoy excluye el paraíso en la Comedia, no huelga recordar que Dante ingresa a la Gloria de la mano de Beatrice, ahora sin la guía de Virgilio que no merece la visión de Dios por no haber recibido las aguas bautismales. Ni sobra sugerir que es el amor el que nos da la Gracia, como quiera que llena nuestras faltas y redime todas nuestras culpas, y nos permite decir de él lo que ha dicho Milán Kundera de la poesía, cuyo sentido "(...) **no consiste en deslumbrarnos con una idea sorprendente, sino en hacer que un instante del ser sea inolvidable y digno de una nostalgia insoportable**"*10*.

MACONDO, O EL INFIERNO DE LA SOLEDAD

Gabriel García Márquez, nacido en l927 en Aracataca, una tórrida aldea del Departamento del Magdalena, en el Caribe colombiano -muy parecida a Macondo-, hijo de Gabriel Eligio García, telegrafista que fue del pueblo natal del escritor, y de Luisa Santiaga Márquez, y nieto del coronel Nicolás Márquez Iguarán y de Tranquilina Iguarán Cotes -primos hermanos entre sí, como eran primos también José Arcadio Buendía y Ursula Iguarán, los fundadores de Macondo y de la estirpe de los Buendía-, antes que guionista de cine y narrador, y antes que reportero y periodista, ha sido un gran poeta, quiere decir, un hombre en estado de alerta que, al despersonalizarse y al entregar su yo al mundo en amorosa relación de mutuo reflejo, ha bajado a los infiernos, a lo profundo de la realidad humana, para crear un estilo y un universo que trasciende el tiempo y el espacio -el aquí y el ahora- y se hace, por tanto, digno sucesor de Homero, de Virgilio y Dante.

10. KUNDERA, Milán. *La inmortalidad*. Barcelona: TusQuets. 1987. p. 38.

De su abuelo, el coronel Nicolás Márquez Iguarán tomó según parece el talante y la catadura que habrían de animar al coronel Aureliano Buendía, personaje de algunas de sus obras; y de su abuela Tranquilina, el manejo suntuoso del idioma y el modo espontáneo de narrar que, a la manera de Kafka o de la Biblia, hacen verdadero lo increíble.

Estudiante fallido de Derecho en Bogotá y Cartagena a partir de 1947, García Márquez -o Gabo, como se le conoce entre sus amigos- revela desde entonces su vocación poética. De esa época son sus primeros cuentos que habrá de recoger después en el libro Ojos de perro azul, publicado en l974.

Aunque autor de muchas obras, como *La hojarasca*, su primera novela, y *Relato de un náufrago*, publicadas en el 55; *El coronel no tiene quién le escriba*, en el 57; *La mala hora* y *Los funerales de la mama grande*, en el 62; *Cien años de soledad,* en el 67; *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada*, en el 69; el libro de reportajes *Cuando era feliz e indocumentado*, en el 73; *El otoño del patriarca* y *Crónicas y reportajes*, en el 75; *Crónica de una muerte anunciada*, en el 81; *El amor en los tiempos del cólera*, en el 85; *El general en su laberinto*, en el 89; *Doce cuentos peregrinos*, en el 93; y *Del amor y otros demonios*, en abril del año pasado, Gabriel García Márquez puede considerarse creador de un solo libro, el de la soledad; y, aunque las únicas obras que ocurren en Macondo son La hojarasca, algunos de los cuentos de *Los funerales de la mama grande* y, por supuesto, su novela fundamental *Cien años de soledad,* debo afirmar que todos los lugares y ambientes de sus relatos de una u otra forma participan de la topografía y condición de aquél infierno.

Aunque Martha Canfield[11], entre otros varios críticos, suscribe la opinión de que García Márquez, además de la invención de Macondo, crea un estilo poético inconfundible dentro del llamado realismo mágico, el escritor ha dicho varias veces que se niega a tal encasillamiento por sentirse más cercano al realismo. Lo que ocurre, según él, es que nuestra realidad latinoamericana excede con creces nuestras facultades imaginativas.

11. CANFIELD, Martha L.. Gabriel García Márquez. Bogotá: Procultura, 1981. p. 17.

> (...) Poetas y mendigos, músicos y profetas, guerreros y malandrines (dijo en Estocolmo al recibir el Premio Nobel de literatura en 1982), todas las criaturas de aquella realidad desaforada , hemos tenido que pedirle muy poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida. Este es, amigos, el nudo de nuestra soledad[12].

Sea adecuada o no, justa o injusta la clasificación de su obra dentro del movimiento del realismo mágico, fórmula que propuso Uslar Pietri en 1948 para denominar las nuevas formas de expresión que se imponían en nuestra América y que habrían de alcanzar su máximo esplendor y desarrollo con los escritores del "*boom*" latinoamericano, lo cierto es que García Márquez refleja de modo poético los procesos y transformaciones de nuestro devenir y hace de la novela, como lo plantea Milan Kundera[13], un método de indagación de las caras ocultas del ser humano, de las que ni la filosofía ni las ciencias occidentales -y menos aún el positivismo- han querido ocuparse desde la aparición de la Edad moderna, en la Europa de los siglos XV y XVI.

Nada de extraño tiene, pues, que "este colombiano errante y nostálgico" -como él mismo se define- ahonde, como querían los surrealistas, en el universo de lo mágico, en el mundo de los sueños y en los laberintos del humor, y halle finalmente la síntesis perfecta, en que sujeto y objeto, fondo y forma, realidad y poema se hacen uno con él y con nosotros, como uno es el orbe en que vivimos, sólo que escindido por el absurdo divorcio entre saber y vida, sentimiento y razón, cielo e infierno, hombre y animal; vicios estos, por desgracia, tan de la esencia de las mal llamadas sociedades avanzadas.

Quiero imaginar la cara de asombro de quienes lo escucharon decir en Estocolmo:

> Antonio Pigafetta, un navegante florentino que acompañó a Magallanes en el primer viaje alrededor del mundo, escribió a su paso por nuestra América meridional una crónica rigurosa que sin

12. GARCIA MARQUEZ, Gabriel. La soledad de América latina. Discurso pronunciado en Estocolmo en la recepción del Premio Nobel de literatura.
13. KUNDERA, Milan. "La desprestigiada herencia de Cervantes". En: El arte de la novela. Barcelona: TusQuets, 1987. p. 14.

> embargo parece una aventura de la imaginación. Contó que había visto cerdos con el ombligo en el lomo, y unos pájaros sin patas, cuyas hembras empollaban en las espaldas del macho. Y otros como alcatraces sin lengua, cuyos picos parecían una cuchara. Contó que había visto un engendro animal con cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y relincho de caballo. Contó que al primer nativo que encontraron en la Patagonia le pusieron enfrente un espejo y que aquel gigante enardecido perdió el uso de la razón por el pavor de su propia imagen*14*.

Cualquiera diría que así como Dante, hallándose en la mitad del camino de la vida, se ve en medio de una selva oscura y, al emprender el ascenso por la colina solitaria, logra, con la ayuda de Virgilio, evadir la amenaza de la pantera veloz, del león rabioso y de la loba insaciable, y hacer su entrada con él a los infiernos, de igual manera, a mitad del camino de esta conferencia, me dispongo a ingresar con ustedes al infierno de Macondo, cuya puerta pudiera estar custodiada por los engendros de que dio cuenta Pigafetta, y que no pueden ser otros que los de nuestra realidad de cada día.

En este contexto, no repugna, pues, a nuestra mente -y menos aún al corazón- que todas las aldeas marginales y, en general, las provincias latinoamericanas, como lo afirma la ya citada Martha Canfield*15*, estén representadas en Macondo; que el devenir de tantas ciudades nuestras, desde el río Grande hasta Patagonia, otrora prósperas y florecientes como Potosí, Huancavelica, Iquitos o Manaos y que hoy padecen el rigor de la miseria, se miren en el espejo de Macondo; que además, este averno al que estamos ingresando y que, a diferencia de otros infiernos, no levanta sus muros en el más allá, después de la muerte, sino en el más acá, mientras vivimos, sea a la vez terrible y bella metáfora de América Latina, desde la insularidad primitiva del edén aborigen hasta las guerras civiles y el imperialismo norteamericano, que nos lleva a caballo en el potro cerrero del subdesarrollo, pasando claro está, por la conquista y la colonia. Vida, pasión y muerte de este Cristo

14 GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. Op. cit.
15. CANFIELD, Martha L. Op. cit, p. 16.

latinoamericano que, como en La piedad, de Miguel Ángel, espera la resurrección en los brazos desolados de la madre, mucho más joven que él, en gracia de su hermosura.

Bien labrado el silencio. La figura
quiere mirarlo. El hijo no la mira.
La fragancia del mármol sólo aspira
a la amarga entidad de la escultura.

Bien talladas las manos. La hendidura
del corazón, sin ánima y sin ira;
viejas nostalgias de varón respira
un Dios con pies de estatua y de criatura.

Monumento. Metáfora. Renuncia
del amor, del oficio y de la vida;
memoria de la sangre y de la guerra.

No hay tal nación. No hay madre. Lo denuncia
la soledad de América dormida
sobre el duro regazo de la tierra*16*.

Y, como si no fuera suficiente, tampoco repugna a nuestra mente -y menos aún al corazón- ver cómo en aquel espejo que refleja la antenora de Macondo, se escribe de derecha a izquierda el suceso y mudanza de la sociedad humana, condenada por quién sabe qué designio a nacer sin elegir la patria ni los padres, a crecer en el dolor y el desamparo, a llegar a la cima de la vana montaña y a declinar y morir en la nostalgia, con lo que -dicho no sea de paso- se inscribe la metáfora en la esfera de lo universal y hace suyos los versos de Manrique: "*Nuestras vidas son los ríos / que van a dar a la mar, que es morir*".

16. Ángel Marcel. Op. cit., p. 72

En el tiempo histórico, podríamos situar el origen de Macondo en la primera mitad del siglo XIX que, a la vez, coincide con la génesis del mundo:

> Macondo era entonces (se lee en la primera página de Cien años de soledad) una aldea de veinte casas de barro y caña brava construida a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos*17*.

Mundo inocente y primordial, carente de muchas cosas, que no ha acabado de probar las sales del bautismo: "El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo"*18*.

La insularidad de Macondo, como un infierno tropical cercado por la selva y lejos del mar de las Antillas, prefigura el aislamiento de nuestra América latina, lejos del concierto del mundo y las naciones y en perenne lucha -sin espera y sin esperanza- por conciliar el decurso de los tiempos con su historia de soledad, olvido y muerte.

Macondo o nuestra América latina, en la que José Arcadio Buendía, fundador de la estirpe, se nos aparece como un inspirado patriarca de la Biblia, con gesto y talante de conquistador español, pasa, es cierto, del estado de villorrio primitivo - en la primera parte de la obra- a la condición de ciudad moderna, en la segunda. No obstante, ni el ferrocarril ni el telégrafo ni el cine, ni los adelantos que trae Melguíades, ni los extranjeros norteamericanos y europeos que llegan a vivir en sus dominios, logran romper el aro de esa serpiente en muda que se muerde la cola, pues esta patria que nos ha dado el nombre sin elegirla a ella, identifica su tiempo lineal, histórico, irreversible -el tiempo que va de la fundación hasta su declive y hundimiento- con el tiempo mítico y circular, como si fuera y no fuera posible para nosotros, en palabras de Octavio Paz, "un caminar de río que se curva, / avanza, retrocede, da un rodeo / y llega siempre"*19*.

17. GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. Cien años de soledad. Buenos Aires: Sudamericana, 1970. p. 9.
18. Ibid., p. 9.
19. PAZ, Octavio. Piedra de sol.

¿Cual ha sido entonces nuestro pecado como para merecer un infierno tal, digno del astuto Sísifo? Nunca ha dejado de admirarme desde mi amistad con las palabras, que el término *ladino*, que significa *taimado, pícaro, zorro, sagaz y cazurro*, además de *esclavo* o *africano* ya apto para el trabajo en América, se derive de ***latino*** y que por lo tanto lleve implícito en su nombre el estigma de la condición humana, que nos aparta de la ingenuidad del niño que quiere para el hombre superior el Evangelio, y Federico Nietzche, para el superhombre; astucia, picardía y sagacidad que nos han hecho insolidarios y egoístas, incapaces de amor, y cada vez más solitarios, desde la conquista y la colonia, esa empresa alucinada que trajo hasta aquí, como puede leerse en *El otoño del patriarca*, "unos forasteros que parloteaban en lengua **ladina** pues no decían el mar sino la mar y llamaban papagayos a las guacamayas, almadías a los cayucos y azagayas a los arpones"*20*; hasta la fundación de estas repúblicas, cuyos líderes tan miopes, tan astutos y egoístas ellos también, no se dieron cuenta del talón de Aquiles que nos afeaba el paso y nos hacía, por lo tanto, fácil presa de potencias extranjeras.

Esta falta de amor en que consiste la soledad, según García Márquez, halla su expresión en el desamor del *semental macondiano*, antípoda del amante verdadero que, como el poeta, debe despersonalizarse y dar al otro su ser sin condiciones y sin esperar siquiera la respuesta. Como Aureliano que delira por Remedios Moscote, los machos macondianos se pierden en desvaríos pasionales y sensibleros, pero nunca se entregan de veras al amor, pues ellos son narcisistas y conquistadores, y ya se sabe, como reza el epígrafe de *Crónica de una muerte anunciada* - que cita a Gil Vicente- que "La caza de amor es de altanería".

Sin embargo, la soledad asumida como falta de solidaridad, encuentra su cabal expresión en el **incesto,** "el llanto más antiguo de la historia del hombre"*21* "en los laberintos más intrincados de la sangre"*22*.

A tono con el pensamiento de Ortega y Gasset, quien ve en el tabú el origen de la metáfora *23*, pues no se puede nombrar lo que es prohibido y hay que mencionarlo entonces con otros nombres, Gabriel García

20. GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. El otoño del patriarca. Barcelona: Plaza y Janés, 1975. p. 44.
21. GARCIA MARQUEZ, Gabriel. Cien años de soledad. Op. Cit., p. 334.
22. Ibid., p. 350.
23. ORTEGA Y GASSET, José. "El tabú y la metáfora". En: La deshumanización del arte. Madrid: Revista de Occidente, 1967. p. 46.

Márquez asienta en el tabú del incesto la vasta y bella metáfora de Macondo, cuya fundación, a juicio de Ernesto Volkening -citado por Michael Palencia-Roth *24*, estuvo precedida por la unión incestuosa de José Arcadio Buendía y Ursula Iguarán, los primeros padres de la estirpe, y cuya peripecia circular se cierra con el incesto de Amaranta Ursula, hija de Fernanda del Carpio y de Aureliano II y tía de Aureliano Babilonia -ese adorado antropófago- a quien se entrega y de quien concibe al último Aureliano con cola de cerdo, el único de la progenie engendrado con amor.

Entre el Génesis, que da cuenta del incesto de José Arcadio Buendía y Ursula Iguarán, nuestros primeros padres, quienes temerosos de engendrar iguanas, huyen de su pueblo y fundan a Macondo, y el Apocalipsis, también precedido por el amoroso incesto entre tía y sobrino, de cuya unión nos queda la terrible maravilla de un último Aureliano con cola de cerdo, se teje en complicada urdimbre la odisea de los demás incestos, círculos todos del infierno sostenidos por el doble fundamento del imperio moral que encarna Ursula Iguarán, madre legítima de José Arcadio, del coronel Aureliano y de Amaranta, y el dominio de Pilar Ternera, columna tierna y bovina, y madre a la vez de la ilegitimidad, de quien descienden los demás Buendías.

Allí están: José Arcadio, el primogénito, quien desea a su propia madre cuando piensa en Pilar Ternera, y después cede a la tentación de un incesto sicológico al casarse con Rebeca Montiel, criada y educada como su hermana, aunque -después nos enteramos- no lo era. El coronel Aureliano Buendía, amante -como su hermano José Arcadio- de Pilar Ternera, y quien recibe de ella en el amor un amor de madre. Años después, hombre ya maduro, establece casi una relación de padre a hija al enamorarse de Remedios Moscote, una niña de tan sólo nueve años, que llega a ser su esposa.

Arcadio y Aureliano José, por su parte, hijos de José Arcadio y del coronel Aureliano Buendía en Pilar Ternera, sienten por su madre apetitos incestuosos. Y el mismo Aureliano José se enamora de su tía Amaranta, mientras ella también lo desea.

24. PALENCIA-ROTH, Michael. Gabriel García Márquez. Madrid: Gredos, 1983. p. 96.

Renata Remedios y su padre Aureliano II, tienen con frecuencia gestos y comportamientos de amantes. En fin, José Arcadio, hijo de Aureliano II y de Fernanda del Carpio, siente por Amaranta, su tía abuela ya entrada en años, tendencias incestuosas, y deviene por despecho de su amor en homosexual y excéntrico degenerado.

"Toda buena novela -ha dicho García Márquez- es una adivinanza del mundo" *25* , vale decir, un acertijo con voz de profecía, anuncio que, a la vez, es cifra de algo oculto sobre lo que hay que proyectar la luz del intelecto pero, sobre todo, la luz del corazón. En la opinión de Michael Palencia-Rot *26* y de quienes compartimos su criterio, el enigma de la obra garcíamarquiana está en su forma circular, en gracia de la cual el último incesto de Amaranta Ursula y Aureliano Babilonia nos remite al incesto de los primeros padres, José Arcadio Buendía y Ursula Iguarán, así como el Apocalipsis -la escatología- coincide con el Génesis de Macondo. Principio y fin que se encuentran, culebra en muda que se muerde la cola, tiempo lineal que se vuelve círculo como toda buena poesía, para predecir y relatar el remolino fatal de nuestras faltas que nos condenan al infierno de la soledad, a no ser que tuviéramos el privilegio de que Aureliano Babilonia acabara de descifrar los pergaminos:

Sin embargo (dicen las últimas palabras de Cien años de soledad), antes de llegar al verso final ya había comprendido que no saldría jamás de ese cuarto, pues estaba previsto que la ciudad de los espejos (o los espejismos) sería arrasada por el viento y desterrada de la memoria de los hombres en el instante en que Aureliano Babilonia acabara de descifrar los pergaminos, y que todo lo escrito en ellos era irrepetible desde siempre y para siempre, porque **las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra***27*.

Roguemos, pues, para que Aureliano Babilonia termine de descifrar los pergaminos, que no pueden ser otra cosa que la novela misma, para que

25. Armando Durán. "Conversaciones con Gabriel García Márquez" citado por Michael Palencia-Roth. Op. cit., p. 112.
26. PALENCIA-ROTH, Michael. Op. Cit.
27. GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. Op. cit., p. 351.

cese de girar la rueda y el destino nos libre de las siete plagas: la del insomnio y el olvido; la de las guerras civiles; la de la decadencia de la explotación del banano y de nuestros demás recursos naturales, por cuya causa nos matamos; la del diluvio; la del infierno de la selva, ya cantado en La vorágine por José Eustasio Rivera; la del huracán que nos convierte en "un pavoroso remolino de polvo y escombros"*28* y, por último, la de la desdicha de nuestra soledad.

COMALA, O EL INFIERNO DE LA INJUSTICIA Y DE LA FRACTURA DE LOS VALORES MORALES Y SOCIALES

¿Y qué decir ahora de Comala, esa otra forma del infierno en nuestra narrativa?

> Vine a Comala (así empieza la obra) porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera. Le apreté sus manos en señal de que lo haría; pues ella estaba por morirse y yo en un plan de prometerlo todo. "No dejes de ir a visitarlo -me recomendó. Se llama de este modo y de este otro. Estoy segura de que le dará gusto conocerte". Entonces no pude hacer otra cosa sino decirle que así lo haría, y de tanto decírselo se lo seguí diciendo aún después que a mis manos les costó trabajo zafarse de sus manos muertas *29*.

Con estas sobrecogedoras palabras nos introduce Juan Rulfo al báratro de su infierno. Para este escritor mexicano nacido en 1918, creador de *El llano en llamas* -un prodigioso libro de cuentos de los que acaso recodemos, entre los más bellos, a "Macario", "Es que somos muy pobres", "Diles que no me maten", "Luvina" y "No oyes ladrar los perros"- y autor también de *Pedro Páramo* -una novela perfecta-, ambos textos fundamentales en el ya vasto y rico concierto de nuestras letras continentales, Comala, una palabra que probablemente se derive de *comal,* disco de barro que se usa en México y Centroamérica para cocer las tortillas de maíz, designa en la novela de que vamos a ocuparnos por

28. Ibid., p. 350.
29. RULFO, Juan. Pedro Páramo. Bogotá: La oveja negra, 1983. p. 7.

breve espacio (para no ofender con el comentario la concisión del texto) un lugar de este mundo -no del otro- que se nos aparece a la vez como purgatorio, infierno y paraíso.

De modo diferente al de Dante cuya Comedia funda un infierno de ultratumba en que destaca, a juicio de Jean Franco, "(...) la rigidez del destino de los condenados y la diversidad de los pecados castigados"[30] que han privado del sumo bien a individuos específicos, el de Comala se configura como un infierno social y urbano, regido por el mestizaje y la subversión de valores, cuya consecuencia fue la escisión entre el orden moral y social del pasado en relación con el del presente.

Como Eneas, viajero a los infiernos en busca de Anquises, Juan Preciado, cuyo nombre proviene del hebreo y significa "Yahvé es benéfico", "Yahvé es misericordioso" y es el mismo del autor del Apocalipsis, va a Comala en busca de Pedro Páramo, su padre, que es como si dijéramos que Juan, el visionario, cuyo apellido significa precioso, excelente y de mucha estimación, así como jactancioso y vano, va al *comal,* ese disco de barro en que se cuecen las tortillas de maíz, base de la alimentación y economía precolombinas en aquella región del mundo, a buscar a Pedro Páramo, que no es otra cosa que una piedra helada.

En plan de exigencia y no de súplica, Juan Preciado va -¿o viene?- al mundo del más acá, purgatorio, infierno y paraíso, "la mera boca del infierno", como se lee en la obra, "una llanura verde", "(...) tierra de miel y de leche", "un horizonte gris" en "que todo parecía estar como en espera de algo", "blanqueando la tierra iluminándola, durante la noche", para dar cumplimiento a la última voluntad de su difunta madre: -"No vayas a pedirle nada. Exígele lo nuestro. Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio... El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro"[31]

Pero este piadoso Eneas de México y -¿por qué no?- también de Latinoamérica, se encuentra con que el lugar, vacío y abandonado, que debieran habitar los vivos, está ocupado por las sombras de los muertos:

30.FRANCO, Jean. "El viaje al país de los muertos". En: La narrativa de Juan Rulfo. Interpretaciones críticas. Antología, introducción y notas de Joseph sommers. México: Sep/Setentas, 1974. p. 118.
31. RULFO, Juan. Op. Cit., p. 7.

> Las ventanas de las casas abiertas al cielo, dejando asomar las varas correosas de la yerba. Bardas descarapeladas que enseñaban sus adobes revenidos *32*.

Y, como en Cien años de soledad, se encuentra con que una pareja desnuda de amadores, que son hermano y hermana, y cuya casa tiene, como las demás, el techo lleno de agujeros, se hunden en una relación estéril, pues en vez de procrear, él sólo quiere el sueño, mientras a ella la desvela el más profundo remordimiento. Metáfora, sin duda, del abismo esencial entre nuestros valores morales del pasado y nuestro comportamiento del presente. Fractura, escisión -como la del techo roto-.

Yo le quise decir (dice ella, refiriéndole a Juan Preciado la explicación que había tratado de darle al obispo) que la vida nos había juntado, acomodándonos y puesto uno junto al otro. Estábamos tan solos aquí que los únicos éramos nosotros. Y de algún modo había que poblar el pueblo *33*.

También se encuentra Juan Preciado con otra escisión inapelable: la que afectaba a los propios sentidos, pues mientras los oídos perciben el paraíso perdido, descrito como nostalgia en la voz de su madre, lo que sus ojos ven es el infierno de Comala, esa aldea en ruinas por culpa de Pedro Páramo, señor feudal, amo y dueño de la tribu, terrateniente obsoleto de la Media luna, cuyo hijo Juan Preciado ni siquiera merece el deshonroso legado de su apellido, como sí recibimos nosotros la deshonrosa herencia de la picaresca española que, aún hoy, en la antesala del siglo XXI, nos sigue haciendo tan ladinos e insolidarios, casi que extranjeros en nuestros propios países, cuyas puertas permanecen cerradas al verdadero amor y al reconocimiento del otro.

¿Cómo salir de estos infiernos? ¿Cómo hacer cierta la quimera del amor y la utopía de la solidaridad? La solución -si es que hay alguna- no está por cierto en las manos de los poetas, pues sólo compete a ellos el oficio divino de la adivinación y el mostrar cómo hombres de carne y hueso que deciden vivir cada instante de su vida en forma por demás extraordinaria, quiero decir, del modo más poético y humano -aunque

32. Ibid., p. 54 (tercera edición del Fondo de Cultura Económica, 1961).
33. Ibid., p. 29

jamás escriban versos- proponen no sólo una estética para hacer más tolerable -y hasta más bella- esta tragedia de sabernos y sentirnos hombres, sino también una ética, rectora de nuestros actos, unión de nuestras fracturas, medio para entregar el ser en favor del otro; ética que consiste en desconfiar del dogma y de las verdades absolutas y en regirnos por el derecho que tienen los demás a ser distintos de nosotros; ética y estética que, finalmente, nos permiten a ustedes y a mí, en Colombia, en Macondo o en Comala y, por supuesto en esta hermosa nación brasilera, que ya me va pareciendo un paraíso, elevar nuestra voz al poderoso Hades para decir esta plegaria:

Dios te salve, María, Gratia plena,
el Señor es contigo, Benedicta;
entre todas las víctimas, invicta,
patrona del destierro y de la pena.

Ave María, compasiva Helena
-en la acepción más alta y más estricta-,
sea bendito el fruto, la vindicta
que floreció en tu vientre, Nazarena.

Sancta María, madre Celestina
que, al sesgo de tu carne cristalina,
alumbraste el vía crucis de Belén,

Ora pro nobis, Venus redentora,
ruega por nuestras vértebras ahora
y en la hora de nuestra muerte. Amén.

***

Padre nuestro, que estabas en el cielo
y hoy estás en nosotros, pecadores.
Santo sea tu nombre. Tus rencores
te hacen más Dios y prójimo del suelo.

Venga a nos el tu reino paralelo
a aquel de las tinieblas exteriores.
Tu voluntad no hagamos, que las flores
en ellas mismas tienen su modelo.

Danos, Señor, el hambre cada día
y la necesidad que no tenemos.
Perdónanos que no te perdonemos.

No nos dejes caer en la alegría.
Y líbranos, Señor, de la odisea
de tanta eternidad. Y que así sea.

Conferencia leída por Ángel Marcel en la Universidad Federal de Río de Janeiro, en la Universidad de Brasilia y en la Asociación de Representantes Culturales Iberoamericanos, en Brasilia, los días 9, 14 y 15 de junio de 1995, respectivamente.

BIBLIOGRAFÍA

ÁNGEL MARCEL. Transgresión y anacronismo. Bogotá: Gimnasio Moderno, 1990.

CANFIELD, Martha L. Gabriel García Márquez. Bogotá: Procultura, 1991.

DANTE Alighieri. La Divina comedia. Clásicos universales. Estudio preliminar de Jorge Luis Borges. San Sebastián: Txertoa, 1980.

FRANCO, Jean. "El viaje al país de los muertos". En: La narrativa de Juan Rulfo. Interpretaciones críticas. Antología, introducción y notas de Joseph Sommers. México: Sep/Setentas, 1974.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. Cien años de soledad. Buenos Aires: Sudamericana, 1970.

_____. El otoño del patriarca. Barcelona: Plaza y Janés, 1975.

_____. La soledad de América Latina. (Discurso de Estocolmo)

HOMERO. La odisea. Obras maestras. Barcelona: Iberia, 1952.

KUNDERA, Milan. El arte de la novela. Barcelona: TusQuets, 1990.

ORTEGA Y GASSET, José. La deshumanización del arte. Madrid. Revista de Occidente, 1967.

PALENCIA-ROTH, Michael. Gabriel García Márquez. Madrid: Gredos, 1983.

PELLEGRINI, Aldo. "La univerzalidad de lo poético". En: Para contribuir a la confusión general. Nueva visión, 1965.

RULFO, Juan. Pedro Páramo. Bogotá: La oveja negra, 1983.

SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos. Ensayo de un diccionario español de sinónimos y antónimos. Madrid: Aguilar, 1973.

VIRIGILIO. "La eneida". En: Obras completas de Virgilio y Horacio. Madrid: Aguilar, 1945.

Cuadernos

EX-LIBRIS

DON AGUSTÍN NIETO CABALLERO ANDANTE DE LA EDUCACIÓN*

Nada sabes, mi niño, del modelo
que los nombres proponen. Nada sabes
del viaje riguroso de las aves
cuando su canto intentas y su vuelo.

Nada sabes del mundo paralelo
y, sin embargo, intuyes bien las claves;
con alas de papel haces tus naves
y con la luna llena un caramelo.

Buques que vuelan, lunas de confite,
mi niño hecho de juegos, hasta el punto
que nada digo en serio si te nombro,

pues las letras contemplas y el convite,
el orden y el desorden, todo junto,
con redondez insólita de asombro *34*.

PRESENTACIÓN

He tenido en mi vida muchos profesores y pocos maestros. A los primeros los he olvidado casi por completo. A los segundos los recuerdo como recordamos a Ulises, Antígona, Hamlet y Otello, don Quijote y Sancho, el padre Brown, Gregory Samsa, Gustavo Von Aschenbach, el señor Meursault, Funes el memorioso y William de Baskerville, entre tantos otros personajes de las grandes obras literarias que nos dejaron –cada uno de ellos a su modo, como si de una epifanía o de un feliz

34. ÁNGEL MARCEL. (1990): Transgresión y anacronismo, Gimnasio Moderno, Bogotá, p. 34.

*Ensayo publicado en la Revista Historia de la Educación Latinoamericana No.5. 2003. Págs. 85-100

advenimiento se tratara- una visión perdurable de la condición humana. A don Agustín Nieto lo recuerdo como a una especie de Alonso Quijano, el bueno, el caballero andante de la educación.

Aunque nunca recibí una clase formal de don Agustín (lo conocí el 20 de septiembre de 1972, un día antes de ingresar al Gimnasio Moderno como profesor de Español), veo en él a uno de mis maestros decisivos junto a maestros también inolvidables aunque menos famosos, como don Aquilino Pérez, quien me enseñó a leer a derechas mientras cursaba el 4° año de bachillerato –en el sistema de hoy, noveno grado-; el doctor Otto Ricardo Torres, mi orientador en los secretos del oficio poético y literario durante mis primeros semestres de universidad, y el doctor Ernesto Bein, mi maestro de vida, alemán de cultura universal, profesor del Gimnasio a partir de 1937; luego su vicerrector desde 1948 hasta el fallecimiento de don Agustín veintisiete años después, y finalmente rector del colegio desde ese momento hasta su propia muerte en 1980.

Motivos para recordar a quienes me enseñaron a leer y a escribir, así como a quien "me alumbró y adestró en la carrera de vivir" –como dice Lazarillo de Tormes de su maestro ciego- tengo bastantes y de mucho peso, mas ellos se escapan del alcance y propósito del presente artículo. En éste sólo quiero poner de manifiesto por qué recuerdo a don Agustín como a uno de mis grandes maestros.

LOS MAESTROS DEL MAESTRO

No tuvo nunca don Agustín la pretensión de haber inventado nada nuevo en pedagogía:

> Como ningún prurito de originalidad nos ha estorbado, hemos declarado en todas partes que no somos inventores de ningún nuevo sistema. Tampoco se nos ha ocurrido patentar un nuevo material didáctico. Hemos adaptado lo que ha venido a nuestro conocimiento, y, ensayando con una y otra idea, hemos concluido por abandonar o atemperar las unas, y por conservar como fuente viva de inspiración las otras *35*.

35 NIETO CABALLERO, Agustín. (1993): Una escuela, Editorial Presencia, 2° edición, Bogotá, p. 148.

Se ha insistido bastante en la influencia que ejercieron John Dewey (1859-1952), Ovide Decroly (1871-1932) y María Montessori (1870-1952) en el pensamiento de Agustín Nieto Caballero y en el quehacer pedagógico del Gimnasio. Al primero le debe, como sabemos, su sentido pragmático, y la idea de que los datos de la experiencia no son "dados" sino "tomados" con un propósito. También, que las ideas son "planes de acción", y que el pensamiento es uno de los modos de interacción entre la persona humana y el mundo, en el ámbito de una cultura específica.

Del segundo aprendió el método didáctico para conducir los intereses y el deseo de actividad del niño hacia la exploración de su entorno natural y social.

> Ovidio Decroly (...), médico y educador belga, y autor de Hechos de sicología individual y de sicología experimental (1908), Función de Globalización (1923) y Desarrollo del lenguaje (1930), entre otras obras, por invitación de don Agustín Nieto Caballero realizó, a partir de agosto de 1925, una visita a Colombia y, en particular, al Gimnasio Moderno, que se prolongó durante tres meses.
>
> Durante este tiempo, en un ambiente de trabajo casi familiar en el que la nota dominante fue la sencillez en el lenguaje sin desmedro del rigor ni de la precisión científica que distinguían al sabio europeo, don Ovidio desarrolló con los maestros del Gimnasio y de otras instituciones educativas de Colombia temas tan importantes como el problema de la educación, la Necesidad de conocer al niño, Breves consideraciones acerca del niño, El desarrollo del niño, Mecanismo espiritual del niño y La medida de las capacidades.
>
> Tanto influyeron sus ideas y puntos de vista sobre lectura global y centros de interés, siempre en perfecto acuerdo con las necesidades naturales y sociales de los educandos, que el Gimnasio Moderno fue la primera institución de Suramérica que adoptó su teoría. Desde entonces y hasta hoy, una de las secciones del Moderno lleva su nombre, como otra honra la memoria de María Montessori, insigne pedagoga italiana quien, a partir de un profundo conocimiento del desarrollo del niño, que primero se interesa en lo individual y luego en lo social, fundó un sistema de enseñanza basado en la educación de los sentidos y en el juego *36*.

36. IRIARTE CADENA, Pompilio. (2001): "Ni miedo ni esperanza", en la Revista El Aguilucho, No. 2, diciembre, Gimnasio Moderno, Bogotá, p. 35

De María Montessori tomó don Agustín el método pedagógico preescolar que lleva su nombre, basado en la libre espontaneidad del niño para elegir sus trabajos, de manera que el maestro o la maestra sólo actúan como coordinadores y orientadores de la actividad didáctica. Se pretende, según la educadora italiana, despertar en el infante la propia iniciativa y el libre desarrollo de sus facultades.

De estas tres influencias magistrales –John Dewey, Ovide Decroly y María Montessori- nace en perfecta simbiosis la Escuela Nueva, y con ella el Gimnasio Moderno en 1914. No hace falta decir que en la Colombia parroquial de aquel entonces, pacata y tradicionalista, conservadora y clerical, en la que dominaba una enseñanza –si es que tal nombre puede dársele- basada en la coerción, la obediencia ciega, la aceptación sin derecho a réplica de "verdades" estatuidas, ya fuesen "científicas" o religiosas, filosóficas o sociales, así como en la repetición mecánica de las lecciones, que no en la creatividad ni en la disciplina de confianza y menos aun en el hecho elemental de que es el alumno y no el profesor el sujeto del aprendizaje, el proyecto de don Agustín tuvo ribetes revolucionarios.

> La escuela nueva, con muy remotos antecedentes en la historia de los esfuerzos que se han hecho en el campo de la educación, ha creado el tipo de vida natural y sana que ha guiado nuestros pasos: una vida activa y alegre; animada en todo momento por trabajos y juegos en consonancia con los intereses vitales y permanentes de la niñez y de la juventud. Esta escuela está en el campo, porque es allí donde puede disponerse de mayor espacio, de más abundante luz y aire más puro, de mayor sosiego para el espíritu, de más ricas sugestiones para el desarrollo de la llamada trinidad psicológica del individuo: el sentimiento, la inteligencia y la voluntad. La vigorización de las fuerzas más útiles al hombre se favorece allí por todos los medios posibles.
>
> Escuela activa se le llama, pensando más en la actividad constructiva del mundo espiritual que en la actividad puramente exterior, mas todo lo que tenga de educativo el movimiento físico, encuentra su campo natural allí también.
>
> Dewey ha dicho que la escuela antigua era la escuela de la gente sentada, y que esta escuela nueva es la de la gente que se mueve. Lo de antes era un auditorio; lo de hoy es un laboratorio. Antes se

> escuchaba; ahora se trabaja. Se comenzaba antes por presentar la palabra; luego la imagen, por último el objeto. Ahora la experiencia –el contacto con el objeto- es lo primero. Viene luego lo demás. En reemplazo de la escuela al margen de la vida, surge la escuela "en medio de la vida y para la vida", uno de cuyos eminentes realizadores ha sido el profesor Decroly.
>
> Con los nuevos sistemas se quiere formar el criterio del estudiante. Ya que el mundo marcha demasiado de prisa, y no es posible aprenderlo todo, se pretende que al menos el estudiante aprenda a experimentar, a pensar, y esto desde su infancia *37*.

A propósito, muchos años después, Ernesto Sábato, en su luminoso Ensayo sobre la educación en América Latina, nos advierte:

> Y no pretender enseñarlo todo, enseñar pocos episodios y problemas desencadenantes, estructurales, y pocos libros, pero leídos con pasión, única manera de vivir algo que, si no, es un cementerio de palabras. Porque el seudoenciclopedismo está siempre unido a la enseñanza libresca, que es una de las formas de la muerte. ¿Acaso no hubo cultura antes de la invención de Gutenberg? La cultura no sólo se transmite por los libros: se transmite a través de todas las actividades del hombre, desde la conversación hasta los viajes, oyendo música y hasta comiendo. En el Hyperion, de Longfellow, leemos que "una simple conversación mientras se come con un sabio es mejor que diez años de mero estudio libresco". Y dice "wise", es decir "sabio", en el sentido en que a veces lo es un campesino iletrado, en el sentido en que los franceses dicen "sage", para no confundir con ese "savant" que no puede hablarnos sino de silicatos o resistencia de materiales. La sabiduría es algo diferente, sirve para convivir mejor con los que nos rodean, para atender a sus razones, para resistir en la desgracia y tener mesura en el triunfo, para saber qué hacer con el mundo cuando los "savants" lo hayan conquistado, y en fin para saber envejecer y aceptar la muerte con grandeza. Para nada de eso sirven las isotermas y logaritmos, cuyo valor en el dominio de la naturaleza es indudable y necesario: la verdadera educación tendrá que hacerse no sólo para lograr la eficacia técnica -indispensable- sino también para formar hombres integrales. Me estoy refiriendo

37. NIETO CABALLERO. (1993): Op. cit. , p. 65.

> a la enseñanza primaria y secundaria, no a la especializada que inevitablemente deben impartir las facultades. Estoy hablando de esa educación que debería recibir el ser humano en sus etapas iniciales, cuando su espíritu es más frágil, ese instante que para siempre decide lo que va a ser: si mezquino o generoso, si cobarde o valiente, si irresponsable o responsable, si lobo del hombre o capaz de acciones comunitarias. Problemas morales, o en todo caso espirituales; pero también y en definitiva prácticos, pues el desarrollo de una nación necesita en primer término de esos valores, ya que sin ellos tendremos lo que aquí ofrecemos en los últimos años: odio y destructividad, sadismo y cobardía, despreciativo dogmatismo y ferocidad. Y, en última instancia, incapacidad para levantar una nación grande que no puede construirse sin esos atributos espirituales *38*.

DON AGUSTÍN NIETO, CABALLERO ANDANTE DE LA EDUCACIÓN

Nada más cercano a don Agustín que el modelo de maestro que nos propone Sábato, un sabio en el sentido en que lo es un "sage" o un "wise", es decir, un hombre prudente, cuerdo, hábil, íntimamente culto, sensato y moderado, no el "sabio ignorante" que campea en la arrogancia de tantos especialistas, ni el simple erudito que sólo es capaz de hablarnos desde la angosta provincia de su especialidad.

Además de lo anterior –y quizás por ello mismo, mas no por la coincidencia con su segundo apellido-, fue ante todo don Agustín Nieto un caballero andante de la educación. Usamos la expresión no con el sesgo peyorativo de quijote que hace quijotadas, de loco que intenta cosas imposibles, arbitrarias y descabelladas, sino en la acepción más genuina y pura de la invención cervantina. Cierto, fue don Agustín el impulsor de un ideal educativo, de una ilusión pedagógica realizable, y un hombre honesto que fundó su autoridad y su maestría, no en la liviandad de los discursos vanos, cuanto en el peso de su palabra plena de sentido.

38. SÁBATO, Ernesto. (1978): "Ensayo sobre la educación en América latina", en suplemento de Clarín, 11 de mayo, Buenos Aires.

> En la intimidad de nuestra conciencia personal no tenemos frente a nuestros alumnos arma distinta que nuestras propias palabras. Si con ellas no movemos su discernimiento, hemos de reconocer nuestra derrota. Pero en el fondo confiamos casi siempre en esas palabras. Lo importante es saber cómo penetrar en la sensibilidad del discípulo. Si esto se logra, la partida está ganada *39*.

En cuanto ideal o utopía posible –si así pudiéramos llamarla-, el proyecto educativo de Nieto Caballero –guardadas las debidas y respetuosas proporciones- es análogo por sus consecuencias a la invención de la perspectiva en el *cuatrocento* por parte de Filippo Brunelleschi (1377-1446). En efecto, la ilusión de profundidad que inaugura la pintura renacentista, dependió desde entonces del modo artístico como los pintores trataron las dos dimensiones físicas del plano euclidiano –alto y ancho- para plasmar las formas plásticas en sus cuadros. En otras palabras, altura y anchura, un horizonte y un punto de fuga, son recursos más que suficientes para crear la magia de la tercera dimensión. De manera semejante, a partir de las dos dimensiones humanas mejor reconocidas en nuestro dualismo irredimible, la dimensión biológica y la mental, o el espíritu y el cuerpo si se prefiere, frente a un horizonte que señala uno o varios puntos de vista educativos, podemos crear -y realizar- el ideal de hombre, mediante una tarea pedagógica que pone en juego la inteligencia y la imaginación, el esfuerzo y la constancia, así como la comprensión de la condición íntima del hombre. Un mundo perspectivo –centralizado en todo caso-, que por obra y gracia de la convergencia sobre el punto de fuga que tiende al infinito, bien sea en el espacio o en el tiempo, otorga sentido a todo cuanto se inscribe en él, y nos deja ver en efecto la tercera dimensión que no puede ser otra que la trascendencia.

LA EDUCACIÓN EN LA PERSPECTIVA DEL JUEGO

Para ilustrar lo anterior en términos de perspectiva pedagógica, hablemos del juego, como uno de los métodos de la Escuela Nueva.

39. NIETO CABALLERO. (1993): Op. cit., p. 115.

> Hay maestros que no advierten la seriedad que se esconde en todo juego de niños. Ignoran que el niño cuando juega trabaja, que la niñez sirve esencialmente para jugar, que es jugando como el pequeño se prepara para su vida ulterior. (...)*40*

No se trata desde luego de esas actividades lúdicas tan de moda en la actualidad, que tendrían mayor sentido en manos de recreacionistas que de maestros. El mismo don Agustín advierte contra esa desviación de la actividad escolar que deviene en "activitis", esa forma de ocupar el tiempo sin que el tiempo lo ocupe a uno, vicio que también ha pervertido la concepción del trabajo, algunos métodos didácticos y pedagógicos, y hasta los programas de capacitación docente incluso en las instituciones de educación superior. Al otro lado de esa "activitis" y de esas lúdicas insubstanciales, está el "juego serio" que pone en escena situaciones de la vida real en el ambiente artificial y descontextualizado de la escuela.

> (...) Queríamos mayor vida, mayor libertad. Nos sentíamos identificados con el espíritu de la ilustre doctora (María Montessori), pero no de la misma manera absoluta con su material didáctico. Pronto llegamos a la conclusión de que valía mucho más el espíritu de esta gran maestra que la serie de juegos "estandarizados" y comercializados que han invadido el mundo, dando en muchas partes una falsa idea de la doctrina montessoriana. (...)*41*

Entre las funciones del juego que señala Jerome Bruner, están las de atenuar las consecuencias de las propias acciones, mucho más graves en una situación real; asimismo, aprender en circunstancias menos riesgosas y ensayar combinaciones de conductas que en contextos "reales" nunca se ensayarían. Está demostrado que los infantes –lo mismo que los chimpancés- seleccionan rasgos de actuación a su alcance para adquirir ciertas competencias; practican además variantes en diferentes contextos, y muestran interés, si no por la finalidad del acto, sí por la naturaleza del juego mismo *42*.

40. NIETO CABALLERO. (1993): Op. cit., p. 80.
41. NIETO CABALLERO. (1993): Op. cit., p. 153.
42. BRUNER, Jerome. (1995): Acción, pensamiento y lenguaje, Alianza editorial, Madrid.

Desde un punto de vista lógico, el juego, en criterio del mismo Bruner, además de la capacidad para anticipar las partes potenciales que componen un objeto y utilizarlo en una nueva disposición, tiene dos patrones formales, a saber: una *función* y sus *argumentos,* cuando, por ejemplo, un juguete se adapta a tantos juegos como sea posible; y un *argumento* y las *funciones* a las que puede adaptarse, como, por ejemplo, trepar a tantos objetos como se pueda.

Si bien en las sociedades primitivas contemporáneas nada se enseña fuera de contexto, la escuela en nuestro medio crea un ámbito "artificial" –simulado o ilusorio- en que el adulto (el maestro) propone la novedad y el desafío, mientras el alumno se siente atraído por lo nuevo. De este modo, el juego en el corazón de la escuela, del que son partícipes jóvenes y adultos, se nos presenta como un ritual pleno de simbolismos y significados, auténtica metáfora de la acción, mediante la cual

> (....) con alas de papel haces tus naves
> y con la luna llena un caramelo.
>
> Buques que vuelan, lunas de confite,
> mi niño hecho de juegos, hasta el punto
> que nada digo en serio si te nombro, (...)*43*

Entre las consecuencias de la transformación simbólica del juego, tenemos que éste es un medio eficaz para enseñar la naturaleza de las convenciones sociales, así como las reglas que rigen la vida en sociedad y el respeto por la negociación.

DON AGUSTÍN Y HENRI BERGSON: L´ ESPRIT DE FINESSE CONTRE L´ ESPRIT DE GÉOMETRIE. DE LA RIGIDEZ Y EL MOVIMIENTO, DEL CONCEPTO Y LA INTUICIÓN, DE LO SERIO Y LO RISIBLE

Otra de las influencias –que no por olvidada es menos importante-, reconocida además por el mismo don Agustín, es la que recibió de Henri Bergson:

43. ÁNGEL MARCEL (1990): Op. cit.

> (...) La Sorbonne, el Teacher´s College de la Universidad de Columbia, el Instituto de Ciencias de la Educación de Ginebra, La Escuela de L´Hermitage de Bruselas, la Institución Libre de Enseñanza de Madrid, fueron los centros inspiradores, y los maestros más venerados se llamaron: William James, Dewey y Thorndike; Durkeheim, Binet, Bergson y Boutroux; Decroly, Ferrière, Bovet y Claparède, Giner de los Ríos, Altamira y Cossío *44*.

La obra de Henri Bergson (1859-1941)*45*, tan afín con el modo de ser y de pensar de Agustín Nieto Caballero, ajena por completo al fárrago en que para algunos consiste la profundidad, y compuesta en el gozoso ritual de su prosa limpia y elegante, lo que sin duda le agrega valor literario al filosófico que de suyo posee, más que un discurso contra el quehacer científico en general, es la respuesta al positivismo fundado por Augusto Comte (1798-1857) como "teoría del saber que se niega a admitir otra realidad que no sean los hechos y a investigar otra cosa que no sean las relaciones entre los hechos"*46*; que se ocupa del *cómo* pero evade el *qué*, el *porqué* y el *para qué* de los objetos que estudia, y cuyos rasgos distintivos, además de los anteriores, son: la negación sistemática de ciertos aspectos vivenciales como la *emoción*, por ejemplo; el repudio de la metafísica, así como de todo conocimiento a priori y de toda intuición directa de lo inteligible *47*; la "(...) hostilidad a toda deducción que no esté basada en datos inmediatos de la experiencia"*48* y de la experimentación, amén de su vano intento por reducir la filosofía a los esquemas de las ciencias positivas, lo que dio pábulo para que el llamado *operacionalismo* propusiera la sumisión de lo empírico a las leyes de la lógica formal simbólica.

Por el contrario, la obra del filósofo francés, uno de los más eximios exponentes del vitalismo en su vertiente menos vehemente y radical, como corresponde a toda postura inteligente y lúcida, sin romper con el racionalismo y la ciencia convencional, logra un "canto a lo inefable, a la intuición, al instante único, a la experiencia irrepetible e irreductible a conceptos abstractos"*49*, como pueden constatarlo el *Ensayo sobre los*

44. NIETO CABALLERO. (1993): Op. cit., p. 30.
45. BERGSON, Henri. (1986): Introducción a la metafísica. La risa, Editorial Porrúa, México.
46. FERRATER MORA, José. (1958): Diccionario de la Filosofía, Tomo II, Sudamericana, Buenos Aires, p. 1083.
47. FERRATER MORA. (1958): Op. cit. , p. 1083.
48. GARCÍA MORENTE, Manuel. (1982): Lecciones preliminares de filosofía, Editorial Porrúa, S.A., México, p. 248.

datos inmediatos de la conciencia (1897), plataforma de lanzamiento del problema de la libertad, que es la cuestión capital de su filosofía; *Materia y memoria* (1897), un texto que, al enfrentar a Descartes, acepta el espíritu como realidad que no se contrapone ni está separada de la materia; *Introducción a la metafísica* (1903), aparecida en la *Revue de métaphysique et de morale*; *La evolución creadora* (1907), el libro más importante, o al menos el más conocido, comentado y discutido, que propone la intuición como conocimiento directo de la realidad "frente al artificio formalizado de la ciencia y el pensar abstracto"[50], asumida tal intuición como conciencia del fluir consciente que escapa a toda medida por no tener ella la entidad del espacio, mientras que la inteligencia, gracias a su particular modo de entender, abstracto y atemporal, tiende a ponerlo todo en términos espaciales; *Las dos fuentes de la moral y la religión* (1932), que busca, por un lado, trascender la moral estática en moral dinámica, cuya base y fundamento son la libertad y la creatividad, y por otro, superar la religión anquilosada, la que sólo defiende los usos sociales, en otra forma de religiosidad abierta y universal, cambiante y amorosa, tal como se presenta en la experiencia de los místicos de cualquier religión y en la vivencia de todo artista verdadero; y, finalmente, La risa, un conjunto de tres ensayos publicados inicialmente por la *Revue de Paris*, a los que dedicaré la última parte de este artículo, en relación con la vida y obra de don Agustín.

La confusión entre el papel del *análisis* y el de *la intuición*, de la que se derivan tantas discusiones entre escuelas y tantos conflictos entre sistemas, puede, según Bergson, si no resolverse de modo satisfactorio, al menos dilucidarse un poco si hacemos honrada diferencia entre el modo como operan uno y otra, y que, para mayor claridad, podemos traducir a metáforas como las que siguen:

Metáfora A: tómese un río (otra vez el viejo Heráclito), sométaselo a bajas temperaturas hasta congelarlo. Practíquense en el largo bloque de hielo cortes transversales con el fin de *clasificar* los témpanos según *conceptos*, es decir, según modos de conocer la realidad que tomen en cuenta únicamente las características generales pero ignoren lo que cada una de esas piezas tienen de íntimo y singular, de único e

49.DE RIQUER, Martín y VALVERDE, José María. (1986): Historia de la literatura universal, Editorial Planeta, Barcelona, Tomo 8, p. 164-165.
50.DE RIQUER, Martín y VALVERDE, José María. (1986): Op. cit. , p. 166.

irrepetible. Hágase un *análisis* desde distintos puntos de vista, a saber: si estudiamos fuerzas, temperaturas, cantidad de movimiento en el plano molecular; masa, entropía, trabajo y energía, nos habremos detenido en lo *relativo* y trajinaremos el campo de la física; si nos atenemos a las formas y configuraciones, habremos invadido la provincia de la geometría; si examinamos la composición de la materia, habremos entrado en la comarca de la química, y si, por ejemplo, hacemos un cómputo de los fragmentos, habremos ingresado al terreno de la matemática. Tradúzcase lo anterior al sistema de *símbolos* propio de cada disciplina. Más aún: desordénense las piezas y pídase a alguien que *ordene* el río del modo como se arma un rompecabezas. Tal es, en la opinión de Bergson, la manera como operan las ciencias.

Metáfora B. Báñese en el río. Sumérjase en él teniendo buen cuidado de no ahogarse. Es evidente que esta *vivencia* en la que no son muy claros los linderos entre la percepción del frío o la tibieza del agua, de la humedad, del movimiento, del ahora, el antes y el después, del aquí y el allá, al permitir que el hombre entre en la *realidad* y no se contente únicamente con mirarla desde fuera y desde distintos puntos de vista fijados en el espacio como lo hace la ciencia, no sólo le ofrece la posibilidad de *intuir* su yo en el río como *duración,* como fluir permanente, sino que, además, le da una pauta, si no segura, bastante aproximada del modo como, según Bergson, conocen en primera instancia el filósofo y el artista:

> En este punto hay algo simple, infinitamente simple, tan extraordinariamente simple que el filósofo jamás ha logrado decirlo. Por eso ha hablado toda su vida (el subrayado es nuestro). No podía formular lo que poseía en su espíritu sin sentirse obligado a corregir una fórmula y luego a corregir su corrección; así, de teoría en teoría, rectificándose cuando creía completarse, no ha hecho otra cosa, por una complicación que atraía la complicación y por desarrollos yuxtapuestos a desarrollos, que expresar con creciente aproximación la simplicidad de su intuición original. Toda la complejidad de su doctrina, que llegaría al infinito, no es pues más que la inconmensurabilidad entre su intuición simple y los medios de que disponía para expresarla.

> ¿Cuál es esa intuición? Si el filósofo no ha podido dar su fórmula, tampoco nosotros lo lograremos. Pero lo que llegaremos a asir y fijar es una cierta imagen intermedia entre la simplicidad de la intuición concreta y la complejidad de las abstracciones que la expresan, imagen huyente y desvaneciente, que acosa, inadvertida acaso, el espíritu del filósofo, que le sigue como su sombra a través de todas las vueltas y revueltas de su pensamiento, y que, si no es la intuición misma, se le aproxima mucho más que la expresión conceptual, necesariamente simbólica, a la cual la intuición debe recurrir para dar "explicaciones"*51*.

Que no vengan a decir, pues, los detractores de Bergson, entre ellos José María Valverde, que el pensador francés "olvida lo que es el lenguaje, ese medio indispensable gracias al cual puede incluso elogiar el silencio y lo indecible, y criticarlo en lo que tiene de parecido al espacio, a la geometría, a pesar de ser cosa de tiempo, ente musical y sucesivo"*52*, como si no fuera posible utilizar las palabras para declarar por lo menos que hay cosas indecibles, del mismo modo como hacemos uso de la razón para poner de manifiesto lo que se nos antoja absurdo, irrazonable, y, en el mejor de los casos -como hacen los poetas- para dejar constancia de una intuición que en modo alguno cabe -en términos de descripción o de concepto- en los estrechos límites del discurso.

> Cualquiera que haya ensayado con éxito la composición literaria, sabe que, cuando el tema ha sido largamente estudiado, todos los documentos recogidos, todas las notas tomadas, es necesario, para comenzar el verdadero trabajo de composición, algo más, un esfuerzo, a menudo penoso, para colocarse de golpe en el corazón mismo del tema y para buscar, lo más profundamente posible, un impulso, al que después de todo, habrá que dejarse ir. Ese impulso, una vez recibido, lanza al espíritu por un camino donde encuentra los datos que había recogido y otros detalles más; se desarrolla, se analiza a sí mismo en términos cuya enumeración sería infinita; y cuanto más adelanta, más descubre, no llegando jamás a decir todo; y sin embargo, si nos volvemos bruscamente hacia el impulso que

51. BERGSON, Henri. (1986): Op. cit., p. 32.
52. DE RIQUER, Martín y VALVERDE, José María. (1986): Op. cit. , p. 165

> sentimos detrás de nosotros para aprehenderlo, se escapa, porque no era una cosa, sino una iniciación al movimiento, y, aunque indefinidamente extensible, es la simplicidad misma *53*.

¿Será que ese esfuerzo, esa iniciación al movimiento indefinidamente extensible, ese impulso y esa intuición tan simple como indecible son los que algunos pretenden medir en la escuela con calificaciones que incluyen unidades, décimas y centésimas? ¿No será que el texto final de una composición, bueno o malo, logrado o malogrado, nada puede decirnos -o muy poco- de la verdadera procesión que va por dentro? Sentados en los bancos escolares dos hipotéticos alumnos con la sensibilidad y el humor de Borges o de un Thomas Mann, por ejemplo, en plan de escribir un cuento como actividad de clase -aunque para el ejercicio cabe pensarlos con mucha menos experiencia y muchas menos lecturas que las que gozaron y padecieron esos eminentes autores; leído y corregido su trabajo después de establecer con "honradez profesional" qué se mide, cómo se mide y para qué se mide, según las pedagogías y las didácticas al uso, ¿a cuál de ellos daríamos, por ejemplo, una calificación de 8.5 sobre 10.0, frente al otro que, a nuestro juicio, podría ser evaluado con un 7.4, sin correr con ello el riesgo de que ambos se nos mueran de la risa?

Un bello ejemplo de esta actitud vital en relación con la enseñanza de la gramática, nos lo da don Agustín:

> El niño ha leído un bello trozo literario... "Vamos a analizarlo", dice el maestro. Analizar en gramática es lo mismo que descuartizar en veterinaria. "¿Cuántos sustantivos en ese renglón? ¿Y cómo se divide el sustantivo? Enumere los abstractos. Enumere los concretos. Ahora busque los adjetivos". Y tras de esta engañosa maquinación vendrá el análisis de los géneros y los números, y los problemas de la concordancia y del qué galicado y del gerundio mal empleado. Y se enseñarán errores como se enseñan verdades para que se recuerden unos y otras, confundiendo desde luego lo exacto con lo inexacto.

53. BERGSON. (1986): Op. cit., p. 29.

> El chico ha quedado rendido después de este ejercicio abrumador, y es muy posible que haya aprendido a odiar el bello trozo literario que el maestro ha destrozado, miembro a miembro, en beneficio del preciso análisis gramatical. Las palabras homófonas que jamás encontrará el estudiante, fuera de la ocasión en que se le obliga a aprenderlas, serán otra tortura *54*.

En las obras de don Agustín abundan los ejemplos de esa sabia elasticidad que distinguía al maestro, y que lo acerca –qué duda cabe- al pensamiento bergsoniano. Quienes lo conocimos podemos dar fe, por ejemplo, de su inmenso amor por Colombia, de su incancelable afecto por el país, y sin embargo cuán lejos estaba de ese nacionalismo cerrero que ha sido el germen de tantos conflictos internos y de tantas guerras entre las naciones.

> El nacionalismo que hoy predican todas las naciones no ha de entenderse como una idea fatua y agresiva, sino como voluntad colectiva empeñada en forjar una cultura que ha de ser parte integrante de la cultura humana. Este es el tipo de nacionalismo por el que veníamos abogando en esta escuela. Un nacionalismo que surja del análisis que hagamos de nuestras fuerzas y de nuestras debilidades; y no para ocultar éstas y exaltar aquéllas, ni tampoco para erigir sobre nuestras deficiencias la teoría del llamado derrotismo, que sume a sus adeptos en una cobarde inanición *55*.

Otro aspecto no menos importante para la Escuela Nueva y para el desarrollo subsiguiente de la educación en el país, son las ideas del Maestro Nieto Caballero acerca de la religión y de su enseñanza en el colegio. En la medida en que don Agustín fue un hombre de ideas liberales como lo fueron también los fundadores del Gimnasio, así como quienes, como él, pertenecieron a la Generación del Centenario, a saber: los estadistas Alfonso López Pumarejo y Eduardo Santos, ambos presidentes de Colombia; Sanín Cano y Luis López de Mesa, periodista y hombre de letras el primero, pensador y escritor el segundo, así como Guillermo Uribe Holguín quien se destacó en el campo musical, todos hijos y herederos de la guerra de los Mil días, y algunos de ellos continuadores de la labor pionera de "la industrialización en Antioquia,

54. NIETO CABALLERO. (1993): Op. cit., p. 196-197.
55. NIETO CABALLERO. (1993): Op. Cit., p. 21.

y de la economía cafetera en la colonización antioqueña; (...) los cultivadores del banano en la Costa Norte, los organizadores del transporte en todo el país, empezando por la aviación; los fundadores de los ingenios azucareros del Valle y Bolívar; (...)"[56], nada de extraño tiene que sus actitudes y su ideología especialmente en el campo religioso –para no hablar del político- estuvieran gobernadas por la tolerancia y la comprensión. En este sentido fue don Agustín un hombre plenamente moderno, no tanto por estar "al día" y menos aun "a la moda", como por su serena lucidez frente a cualquier postura fanática o extremista. Lejos estaban de él los fundamentalismos, la fe ciega en una creencia única, exclusiva y excluyente, y la actitud de quien segrega al otro por el simple hecho de ser o pensar de modo diferente.

> Existe otro problema neurálgico: hay quienes se oponen a que dentro de los recintos escolares se hable de cuestiones religiosas. Si en la clase de religión se predicara la intransigencia, el fanatismo o el odio, estaríamos de acuerdo con los que piensan de este modo. Pero si lo que allí se oye es una prédica de tolerancia y amor, la cuestión se plantea en forma diametralmente opuesta. La religión así entendida, lejos de oponerse, es una ayuda para el ideal social que busca desde las aulas su camino.
>
> No hay un solo fanatismo. En un desordenado afán de modernidad, se ha creído por algunos que el irrespeto de las creencias religiosas no es falta de cultura y de incomprensión psicológica, sino exponente de avance intelectual. Olvidan que es tonto capricho tratar de aniquilar sentimientos entrañables, y que es precisamente sobre las cenizas humeantes de un templo incendiado, donde con más fuerza se yergue otro más imponente y más duradero.
>
> Sabemos que, etimológicamente, religión quiere decir lazo de unión. Esto ha significado para los fundadores del Gimnasio. Lo cierto es que no hemos encontrado discrepancia entre nuestro ideal y los ideales puramente religiosos. Una religión es ejemplar cuando habla por sí misma para levantar al hombre, cuando se manifiesta en propósitos de noble intención. Para nosotros lo esencial es la conducta, y la conducta que el sentimiento religioso

56. MALLARINO BOTERO, Gonzalo. (1990): El Gimnasio Moderno en la vida colombiana, Villegas Editores, Bogotá, p. 25-26.

> busca es la misma que buscamos nosotros. Lo importante es que en el porvenir no vaya a tener el individuo ni fatuas o pueriles ostentaciones de irreligiosidad, ni fanatismo de ninguna índole. La tolerancia ha de ser una actitud amable, y no una concesión dolorosa. Hemos entendido siempre que tolerar no es aguantar sino convivir *57*.

HUMOR, RISA Y PEDAGOGÍA

En el Gimnasio Moderno el humor es cosa seria. Allí pensamos que "no hay que tomar demasiado en serio a quien se toma demasiado en serio", y que nada hay más cercano a la tontería y a la estupidez que esa seriedad ceremoniosa y acartonada que ignora la relatividad de las cosas y de la condición humana. En el Gimnasio Moderno –por fortuna- nada es demasiado grave, pues tratamos de hacer nuestra la ecuación de Woody Allen: "Tragedia + tiempo = comedia". Don Tomás Rueda Vargas, uno de nuestros fundadores y posteriormente rector del colegio, fue célebre por su fino sentido del humor, lo mismo que el Prof. Ernesto Bein, a quien he mencionado al principio como uno de mis grandes maestros.

> Cuando el Prof. Bein –con su simpatía muy genuina por los muchachos, y una teatralidad pintoresca y transparente, propia de un hombre que no se toma a sí mismo demasiado en serio-, se formó su leyenda, su manera de ser era ya un código de señales perfectamente comprensible para todo el Gimnasio. Todo el mundo, salvo los muy recién llegados, sabían en qué dosis se daban el sentido del humor y la penetración psicológica, en su estilo de comunicarse con los gimnasianos. Lo curioso de ese estilo, y lo humano, era que los rasgos humorísticos le permitían ser sincero y veraz sin ser hiriente ni parecer halagador *58*.

Don Agustín, tenía también un sentido muy fino del humor que no puede disociarse de la idiosincrasia del clásico "cachaco" bogotano; un hombre sin duda de ocurrencias rápidas y oportunas. A un periodista de la Unión Soviética que quería saber en qué era especialista, don Agustín le

57. NIETO CABALLERO. (1993): Op. Cit. p. 63-64.
58. MALLARINO BOTERO. (1990): Op. cit., p. 160.

contestó que en ideas generales. Sus libros, además, abundan en anécdotas graciosas, que dejan entrever la inteligencia y la grandeza de espíritu de este gran maestro.

> ¿Y qué decir de aquellas tareas, en boga todavía, de hacer repetir a un niño centenares de veces la palabra cuya ortografía ha equivocado? Una vieja anécdota recuerda la inutilidad de este suplicio pedagógico. Es el caso del niño a quien se le obliga a escribir trescientas veces esta sentencia: "No se dice cupió sino cupo". El chico llega a la última línea de su cuaderno, y escribe en la letra ya casi ininteligible que ha producido el cansancio: "El último cupo no cupió"*59*.

En la crónica que hace de una excursión con estudiantes del Moderno a la cueva de Tuluní y el río Saldaña, rememora:

> Uno de los chicos que no ha de estar pensando en cosas tan grandiosas, exclama: "Miren ese lagartijo que era verdoso cuando saltó sobre la piedra y se volvió tornasol". "Camaleón", gritó otro que no ha olvidado su lección de zoología. Y el mayor de todos, que ya lee periódicos, agregó riendo: "Así dizque son los políticos"*60*.

"Muchos definieron al hombre: 'un animal que ríe'. Habrían debido definirle también como un animal que mueve a risa"*61*. Tan cierta como la anterior, resulta entonces la afirmación según la cual lo cómico no excede nunca la esfera de lo estrictamente humano (no olvidemos que Dios no ríe, pues por ser infinitamente sabio, conoce todos los chistes). Y si nos reímos de un animal o de una cosa, no es porque ellos en sí mismos sean ridículos o risibles, sino porque advertimos en su aspecto o actitudes, gestos, posturas, apariencias, semblantes y caprichos que nos parecen humanos.

Con estas consideraciones generales abre Bergson su primer ensayo sobre la risa. Pero, de entre todas las *visiones* -y a veces definiciones- que ofrece de lo cómico, sólo nos interesa -con fines pedagógicos- destacar las siguientes:

59. NIETO CABALLERO. (1993): Op. cit., p. 197.
60. NIETO CABALLERO. (1993): Op. cit., p. 238.
61. BERGSON. (1986): Op.cit., p. 50.

Lo más opuesto a la risa es la emoción. Por ello, los gestos, palabras, movimientos y actitudes que, por ejemplo, los enamorados encuentran sublimes (están poseídos por la pasión), parecen ridículos -y por lo tanto risibles- a quienes permanecen *insensibles* frente a ellos por no participar de su circunstancia. De análoga manera, en el ámbito de la escuela, los gestos, palabras, movimientos y actitudes que el maestro emocionado reputa como serias, sublimes y *¡muuuy importantes!*, mueven a risa a sus alumnos insensibles. De ello se infiere que un maestro incapaz de despertar la emoción entre sus estudiantes, está en serio peligro de "hacer el oso".

> *La rigidez, signo de torpeza, es una de las fuentes más grandes de la risa*. En efecto, si, por ejemplo, el señor Arzobispo (mientras más serio y rígido, más risible) cae de su silla, nos reímos de él, no tanto por la sorpresa que nos causa verlo rodar por el suelo, cuanto porque echamos de menos la elasticidad corporal que hubiera evitado su caída. De idéntico modo en la educación, la rigidez del gesto, así como todo rigorismo del alma y del carácter, toda postura inamovible y dogmática, definitiva, hecha y congelada, con gran frecuencia dan lugar a *solemnes porrazos*, cuyo castigo social (nuestros alumnos lo saben) son el ridículo y la risa. Por ello, "Lo cómico es más bien rigidez de gestos que fealdad de aspecto"[62].

Ciertas características corporales -una nariz rubicunda, una joroba, una panza innoble, las "orejas de Dumbo"- *mueven a risa en la medida en que se asocian con la imagen del disfraz*. En efecto, la nariz rubicunda es una nariz pintada. Asimismo, la falta de autenticidad, las "poses" sociales, y, en nuestro caso las académicas, y lo que es más triste y grave, el ejercicio del magisterio únicamente como medio de sustento que no como *forma de vida*, deben parecer ridículos a quienes descubren, detrás de la máscara, el verdadero rostro disfrazado.

La idea de reglamentar administrativamente la vida y la aspiración de algunos científicos y artistas a sobrepujar la naturaleza, son la quintaesencia del pedantismo. Cierto, el médico que ejerce su profesión

62. BERGSON. (1986): Op.cit., p. 57.

como si el enfermo se "hubiera hecho" para "su" medicina y no al revés, la medicina para el paciente, así como el profesor que trata a los alumnos como si ellos estuvieran al servicio de "su" pedagogía, y no la pedagogía para provecho de los estudiantes, son ridículos y pedantes, y dignos, por lo tanto, de la misericordia de la risa.

El títere de hilos. ¿Cómo no recordar a esos personajes de comedia que desempeñan su papel como si fueran dueños de sus actos y palabras, pero que a la postre resultan manejados por alguien que se ríe a sus costillas?

> No olvidemos que todo lo que de serio hay en la vida, parte de nuestra libertad. Los sentimientos que hemos ido madurando en nuestro interior, las pasiones cuyo calor conservamos, las acciones intencionalmente ejecutadas por nosotros, todo lo que de nosotros deriva y realmente nos pertenece, traspasa a la vida su desenvolvimiento dramático, que es generalmente serio. ¿Qué hace falta para que todo esto se vuelva comedia? Se necesitaría suponer que una libertad aparente encubre un juego de títeres; que somos, como dijo el poeta:
>
> ...humildes marionetas cuyos hilos
> son manejados por la Necesidad.
>
> **No existe, pues, escena real, seria y hasta dramática, que no pueda ser llevada por la fantasía hasta lo cómico sólo evocando esta simple imagen. No existe juego que disponga de campo más vasto** *63*.

Si ello es así, resulta verdaderamente extraño (y risible) que haya quién se tome demasiado en serio. Puesto que somos "(...) humildes marionetas cuyos hilos/ son manejados por la Necesidad", ¿no cabría esperar de la "gente seria" -científicos, doctores, deportistas, hombres de Estado, comentaristas deportivos, escritores, el jefe de protocolo de Palacio con aires de emperador teutón, militares y paramilitares, jerarcas de la Iglesia, burócratas, catedráticos, terroristas- una actitud más humana, más consciente de nuestras carencias y limitaciones, como la que le permitió al inolvidable Prof. Ernesto Bein ser desde su *humor*

63. BERGSON. (1986): Op.cit., p. 74-75.

un gran maestro de juventudes así estuviera diciendo las cosas más serias y profundas? Si tan humana es, *¿por qué no es usual que la ciencia ría?* ¿Por qué los profesores tenemos la proclividad de hacer creer a los alumnos que nuestra materia es la *más importante* del currículo, y sin la cual ellos serían un desastre en la vida?

"La risa -dice Spencer- es el síntoma de un esfuerzo que de repente se encuentra en el vacío". Y Kant: "La risa nace de algo que se espera y que de repente se convierte en nada"[64], debido, según Bergson, a una distracción en el gobierno de nuestra vida (recuérdese a don Quijote, el gran distraído). Lo cómico apunta, pues, a una imperfección individual o colectiva, que reclama corrección: la risa, que sanciona y reprime una distracción que nos impide ser libres.

Dada la ambigüedad de lo cómico, el estudio de sus caracteres -que constituye, a juicio de Bergson, la parte más importante y difícil de su obra- nos permite situar la *comedia* menos próxima al drama que a la realidad vital, por cuanto la vida ofrece episodios en todo semejantes a la comedia elevada, tanto que podrían representarse en las tablas sin mayores cambios.

La rigidez, la distracción (lo quijotesco), el automatismo (tics, gestos repetidos, carentes de sentido) y la insociabilidad entendida como excentricidad, como ser diferente de los otros, ya se trate de virtudes o defectos, vistos desde la insensibilidad del que ríe (desde el palco los espectadores, desde sus pupitres nuestros alumnos) y no desde la emoción del que participa, constituyen los elementos cómicos de que se forman los caracteres.

Después de un profundo y minucioso análisis que por fortuna y para tranquilidad de algunos no escapa del todo a las *definiciones* en lo que atañe a las semejanzas y diferencias entre el carácter trágico y el cómico, en las que para nada importa que se trate de personas viciosas o virtuosas; pero sobre todo, después de recordar y subrayar con lúcida coherencia que el artista, por estar inmerso en el río de la vida y no contentarse, como lo hace la ciencia, con mirarlo desde fuera y desde

64. SPENCER Y KANT, citados por BERGSON. (1986): Op.cit., p. 76.

distintos ángulos para congelarlo, fragmentarlo, estudiarlo y recomponerlo al modo de un rompecabezas, lo que le permite, dicho no sea de paso, "ver", es decir, *intuir* la esencia profunda del arte y de su obra en la naturaleza íntima del hombre, del mundo y de la vida, al punto que hay que seguir reconociéndole -como se hace desde los griegos- rango y jerarquía de "vidente" (no olvidemos que vate es el poeta, el que vaticina, el brujo, el adivino), llega Bergson a la consideración de un carácter cómico que me parece clave en su relación con la pedagogía, cuya actitud corresponde a lo que él mismo llama "*lo cómico profesional*".

> (...) la sociedad misma dispone de marcos ya hechos necesarios para repartir el trabajo, es decir los oficios y las profesiones. Cada profesión comunica a quienes la ejercen unos hábitos mentales y unas particularidades que los hace asemejarse entre sí y los distingue de todos los demás. Así se van constituyendo pequeñas sociedades en el seno de la grande. Proceden, sin duda, de la misma organización de la sociedad, y no obstante, un excesivo aislamiento acabaría por ser una amenaza para la comunidad. La función de la risa consiste precisamente en reprimir toda tendencia aisladora; su objeto es corregir la rigidez y darle una nueva flexibilidad, hacer que cada uno vuelva a adaptarse a los demás, limar las asperezas. Será una clase de lo risible, cuyas variedades se podrían fijar de antemano, y que llamaremos, si os gusta, lo cómico profesional.
>
> Omitiremos detallar estas variedades, pues sería insistir en lo que entre ellas hay de común. Figura en primera línea la vanidad profesional. Cada uno de los maestros de M. Jourdain, pone su arte por arriba de todas las otras. Un personaje de Labiche, por ejemplo, no concibe otra ocupación que la de comerciar en maderas, ni falta hace decir que es la suya. Es una vanidad que va convirtiéndose en solemne a medida que un mayor charlatanismo entra en la profesión ejercida. Es un hecho que cuanto más discutido es un arte, más tienden sus cultores a creerse investidos de un sacerdocio y a exigir que los profanos, se inclinen ante sus misterios. Mientras que las profesiones útiles han sido evidentemente hechas para el público; las de utilidad menos manifiesta sólo se justifican con la suposición de que el público ha sido hecho para ellas. Esta es la ilusión que se encuentra en la base de lo solemne. De ella se deriva

> casi todo lo risible que está en los médicos de Molière. Atienden al enfermo como si hubiera sido creado para el médico, y hablan de la Naturaleza como si dependiera de la medicina.
>
> Otro aspecto de esta rigidez risible es lo que llamaré el endurecimiento profesional. Tan estrictamente se ajustará el personaje cómico al rígido marco de su papel, que no le quedará espacio alguno para conmoverse como los demás (...).
>
> Mas el medio más corriente con que se hace caer una profesión dentro de lo risible, es mantenerla dentro de su lenguaje técnico; hacer que el juez, el médico, el soldado, apliquen a los objetos corrientes los términos de la jurisprudencia, de la estrategia o de la medicina, como si no fueran capaces de hablar como todo el mundo *65*.

Quiero –para concluir esta parte- destacar también como fuente de lo risible de los distintos oficios y profesiones, lo que Bergson llama *lógica profesional*, mediante la cual se razona siguiendo los patrones -casi siempre rígidos- aprendidos en el ámbito profesional donde sin duda pueden ser verdaderos, a pesar de considerarlos falsos el resto de los mortales.

Vale la pena, pues, hacer un alto en el camino para reflexionar sobre lo que nos propone Bergson en sus dos magníficas obras, y ver hasta dónde podemos (¿o queremos?) aceptar sus puntos de vista –ponerlos en práctica, si fuera posible- en un colegio que, como el nuestro, detesta la solemnidad, la rigidez y la egolatría de quienes con toda seriedad, y acaso sin advertirlo, hacemos el ridículo más de la cuenta.

VIOLENCIA Y EDUCACIÓN

Contra lo que piensan la mayoría de los críticos literarios y el público lector en general, creo que García Márquez, antes que novelista es un historiador cuya obra pertenece al realismo a secas antes que al llamado realismo mágico. Lo que ocurre es que nuestra realidad latinoamericana, y en particular la de Colombia, excede con creces –en

65. BERGSON. (1986): Op.cit., p. 105.

términos de violencia- nuestras facultades imaginativas. Al recibir el Premio Nobel de Literatura, dijo nuestro escritor:

> Antonio Pigafetta, un navegante florentino que acompañó a Magallanes en el primer viaje alrededor del mundo, escribió a su paso por nuestra América meridional una crónica rigurosa que sin embargo parece una aventura de la imaginación. Contó que había visto cerdos con el ombligo en el lomo, y unos pájaros sin patas, cuyas hembras empollaban en las espaldas del macho. Y otros como alcatraces sin lengua, cuyos picos parecían una cuchara. Contó que había visto un engendro animal con cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y relincho de caballo. Contó que al primer nativo que encontraron en la Patagonia le pusieron enfrente un espejo, y que aquel gigante enardecido perdió el uso de la razón por el pavor de su propia imagen.
>
> (...) Poetas y mendigos, músicos y profetas, guerreros y malandrines, todas las criaturas de aquella realidad desaforada, hemos tenido que pedirle muy poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida. Este es, amigos, el nudo de nuestra soledad *66*.

En efecto, lo que hemos visto, vivido y padecido a lo largo, ancho y hondo de nuestra historia desde el Descubrimiento y la Conquista hasta la actualidad, pasando claro está por el horror de la guerra de los Mil días a comienzos del siglo XX; la violencia entre liberales y conservadores en la década de los 50, cuando era posible matar por el color rojo o azul de una corbata, y ahora, la atrocidad de esta confrontación armada en que el país se desangra por cuenta de paramilitares, guerrilleros sin ideal, narcotraficantes, delincuentes comunes y fuerzas regulares, sobrepasa la imaginación del más atrevido de nuestros novelistas. Los secuestros masivos, la extorsión, las masacres, la corrupción y el desgreño administrativo; fraudes, imposturas, odios, agresiones, traiciones y villanías; la muerte absurda de unos niños que hacían excursión por los alrededores de su escuela, en la vereda La Pica; el asesinato aleve de una mujer sencilla y buena mediante la iniquidad de un collar bomba que ni siquiera Poe pudo imaginar en el más terrorífico de sus cuentos, cuya imagen televisiva llenó de horror al mundo entero, van más allá de los más extremos recursos del surrealismo y la literatura. ¿Qué puede estar pasando? ¿Cuál puede ser la causa de esta tragedia? ¿Cuál la razón de la sinrazón?

66. GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. (1982): "La soledad de América latina" (discurso pronunciado en Estocolmo en la recepción del Premio Nobel de Literatura), en el periódico El Tiempo, Bogotá, 4 de diciembre de 1982.

A manera de explicación, se me ocurre que podríamos pensar un poco al hombre en el contexto de sus tres manifestaciones decisivas: como homo sapiens, como *homo faber* y como *homo civilis*, para mostrar que mientras en sus dos primeras dimensiones ha alcanzado niveles sorprendentes de evolución, en la última no ha logrado salir del más grosero primitivismo.

Cierto. El *homo sapiens* puede mostrarnos la maravillosa realidad de la ciencia, la arquitectura de la filosofía, la sorprendente visión estética del mundo, los diferentes sistemas de pensamiento. Puede sentirse orgulloso de su cultura milenaria, de sus museos, de sus bibliotecas y de todas aquellas instituciones que se ocupan del saber y la inteligencia. Sócrates, Platón y Aristóteles; Descartes, Locke, Hume y Berkeley; Leibniz, Hegel y Kant; Galileo Galilei, Kepler y Newton; Einstein y su teoría de la relatividad que sirvió de base a la física cuántica; Homero, Virgilio, Dante, Aretino, Cervantes, Quevedo, Thomas Mann, Carlos Fuentes y Borges; Velásquez, Goya, Picasso, Miró, Dalí y René Magritte; Bach y Beethoven. Y entre los nuestros, los sabios Caldas y Mutis; Julio Garavito, Agustín Nieto Caballero, Rodolfo Llinás y Elkin Patarroyo; José Asunción Silva, León De Greiff, Álvaro Mutis y García Márquez; Alejandro Obregón, Antonio Roda, Luis Caballero y Fernando Botero, son, entre muchos otros, ejemplos dignos de imitar en lo que atañe al desarrollo del saber científico, pedagógico y filosófico, y al ámbito de la música, las letras y las artes plásticas.

El *homo faber* –hombre fabricante y artesano- puede mostrar también los portentosos objetos salidos de sus manos, desde el hacha de silex, la rueda, la rueca y el arado, hasta el ingenio de los automóviles, los aviones supersónicos, los submarinos y navíos. Puede mostrar las sondas y las naves espaciales, los computadores, los rayos laser, el microscopio y el telescopio, el radiorreceptor, el teléfono y el televisor; la vitrola, el tocadiscos y la calculadora; el violín, la trompeta, el órgano, la guitarra, el tiple y la bandola; el lápiz y el pincel; la máquina de escribir, la cámara oscura, la cámara fotográfica, la filmadora y el proyector de cine; los reactores nucleares, los instrumentos de medición y microcirugía, la aguja, la lezna, el martillo y los tractores; los grandes edificios, los puentes, acueductos y represas, y por qué no decirlo, la altanera vergüenza de sus armas.

En cambio, el *homo civilis*, el hombre social y animal político parece que se nos raja. Salvo raras y muy honrosas excepciones, la historia de la humanidad ha sido también la historia de la agresión y de la guerra. Salvo raras y muy honrosas excepciones, aún en los comienzos del siglo XXI, el hombre sigue siendo un bárbaro notable. Que lo digan si no los dictadores de todas las calañas, desde Hitler, Franco y Mussolini hasta el General Juan Manuel De Rosas, Rafael Leonidas Trujillo, Fulgencio Batista, Pérez Jiménez y Augusto Pinochet. Que lo digan si no los grupos armados que llenan de destrucción y sangre esta amada nación colombiana.

Es muy triste reconocerlo, pero el ser humano, a pesar de su vasto saber y de la habilidad increíble de sus manos –y me temo que por causa de ello mismo- no ha aprendido a convivir. Ha fracasado en la pedagogía de la concertación, del diálogo, del entendimiento, de la tolerancia y la aceptación del otro, que es en última instancia lo que cuenta. Este hombre tan hábil y tan "sabio" es capaz, sin embargo, de matar o hacerse matar por futilidades, por un asunto tan baladí como la discutible validez de un gol en el estadio. Este hombre tan hábil y tan "sabio" es capaz de hacer de la sangre y la crueldad motivos de diversión: disfruta cuando el boxeador aniquila físicamente a su oponente, se deleita cuando el matador atraviesa al toro con el estoque. Este hombre tan hábil y tan "sabio" daña el medio ambiente hasta poner en peligro la supervivencia de la especie. Este hombre tan hábil y tan "sabio" ha construido un arsenal atómico suficiente para destruir todo vestigio de vida sobre la Tierra.

Con suma preocupación encuentro, entre otras cosas, que la raíz de este mal puede estar en lo que pudiéramos llamar sin ambages un *fracaso pedagógico* de los sistemas de educación por cuanto, por lo que parece, el saber no nos hace mejores ni más benévolos ni menos egoístas, fracaso que se traduce en el absurdo divorcio entre saber y hacer, entre conocimiento y vida, vicios que señala Montaigne en su famoso ensayo Del pedantismo. "No se nos adoctrina para la vida –dice Montaigne

recordando a Séneca- se nos instruye sólo para la escuela"[67]. Y también: "Desde que los doctos pululan, los hombres honrados se eclipsaron"[68]

Se me dirá que la gente, mientras más indocta e ignorante es más bárbara y violenta. Nada más cierto, pero por desgracia no tenemos demasiadas pruebas de que el conocimiento haya contribuido en forma decisiva a espantar el fantasma de la guerra ni de cualquiera de las formas de la agresión humana.

Agrega Montaigne:

> (...) Entiendo que nuestro mal pedantesco proviene de la desacertada manera como nos consagramos a la ciencia y del modo como recibimos la instrucción, según los cuales no es maravilla que ni escolares ni maestros tengan mayor habilidad, aunque se hagan más doctos. Los sacrificios y cuidados de nuestros padres no se dirigen sino a amueblarnos la cabeza de ciencia; de juicio y de virtud, contadas nuevas [69].
>
> (...) van (los pedantes) embarazándose y dando traspiés sin cesar; escápanse de sus labios hermosas palabras, mas precisa que otros las aprovechen; conocen bien a Galeno, pero en manera alguna al enfermo; os han llenado la cabeza de leyes, y sin embargo, no comprenden la dificultad de la causa que se dilucida, conocen la teoría de todas las cosas, pero buscad a otro que la aplique [70].

COLOFÓN

Don Tomás Rueda Vargas dijo alguna vez que detestaba la pedagogía. Por supuesto no se refería a la buena pedagogía –a la de Sócrates, por ejemplo- la que el mismo don Tomás ejerció con tanta maestría, sino a esa forma de barbarie intelectual, descrestadora, pantallera y arrogante que se enmascara bajo la especie de un cierto rigor científico. Don Tomás, como don Agustín, como el profesor Ernesto Bein, como tantos

67. DE MONTAIGNE, Miguel. (1959) : "Del pedantismo", en Ensayos selectos, Buenos Aires, El Ateneo, p. 98.
68. DE MONTAIGNE. (1959) : Op. cit., p. 99.
69. DE MONTAIGNE. (1959) : Op. cit., p. 93.
70. DE MONTAIGNE. (1959) : Op. cit., p. 97.

buenos maestros, amaban y ejercían la pedagogía del *educar antes que instruir*, mediante la cual es más importante la formación del hombre que la del docto y erudito. Amaban y ejercían la pedagogía de la dignidad, la franqueza, el valor, la entereza, el esfuerzo, la bonhomía, la nobleza de carácter, la solidaridad, la alegría, la caballerosidad, la finura y el humor. Amaban y ejercían la pedagogía de la *Disciplina de Confianza*, mediante la cual el educando no necesita de policías ni de métodos castrenses y coercitivos para formarse, pues está más que demostrado que el autoritarismo y la arrogancia son la escuela en que se "preparan" los dictadores y los violentos, los tramposos y los corruptos, los fanáticos, los que secuestran y extorsionan, los que trafican con drogas prohibidas, los que matan y asesinan, los saqueadores del erario público, los incapaces de acciones comunitarias, de dialogar y de hallar en la concertación el medio más eficaz y civilizado para la solución de los conflictos.

Si bien es cierto que la historia humana ha sido, es y seguirá siendo por desgracia la historia de la agresión y de la guerra, nosotros los educadores creemos en la quimera del amor y en la utopía de la solidaridad, y proponemos, como lo hizo don Agustín Nieto, caballero andante de la educación, no sólo una estética para hacer más tolerable y más bella esta tragedia de sabernos y sentirnos hombres, sino también una ética, rectora de nuestros actos, unión de nuestras fracturas, medio para ofrecer lo mejor de nosotros en favor del otro; ética y estética que nos permiten esperar para las estirpes condenadas a cien años de soledad una segunda oportunidad sobre la Tierra.

BIBLIOGRAFÍA

ÁNGEL MARCEL (seudónimo de Pompilio Iriarte Cadena). (1990): Transgresión y anacronismo, Bogotá: Gimnasio Moderno.

BERGSON, Henri. (1986): Introducción a la metafísica. La risa, México: Editorial Porrúa.

BRUNER, Jerome. (1995): Acción, pensamiento y lenguaje, Madrid: Alianza editorial.

DE RIQUER, Martín y VALVERDE, José María. (1986): Historia de la literatura universal, Tomo 8, Barcelona: Editorial Planeta.

GARCÍA MORENTE, Manuel. (1986): "La filosofía de Bergson", en BERGSON, Henri. Introducción a la metafísica. La risa, México: Editorial Porrúa.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. (1982): "La soledad de América latina", (discurso pronunciado en Estocolmo en la recepción del Premio Nobel de Literatura), en el periódico El tiempo, Bogotá, 4 de diciembre de 1982.

GARCÍA MORENTE, Manuel. (1982): Lecciones preliminares de filosofía, México: Editorial Porrúa.

FERRATER MORA, José. (1958): Diccionario de la Filosofía. Tomo II, Buenos Aires: Sudamericana.

IRIARTE CADENA, Pompilio. (2001): "Ni miedo ni esperanza", en Revista El Aguilucho, No. 2, diciembre, Gimnasio Moderno, Bogotá.

MALLARINO BOTERO, Gonzalo. (1990): El Gimnasio Moderno en la vida colombiana, Bogotá, Villegas Editores.

NIETO CABALLERO, Agustín. (1993): Una escuela, Bogotá: Editorial Presencia.

SÁBATO, Ernesto. (1978): "Ensayo sobre la educación en América latina", en suplemento de Clarín, 11 de mayo, Buenos Aires.

AGENDA CULTURAL
GIMNASIO MODERNO

BIBLIOTECA
Y CENTRO DE DOCUMENTACIÓN

ISBN: 978-958-99743-5-3